

Elisabeth Noelle-Neumann

La espiral del silencio

Opinión pública: nuestra piel social

Traducción de Javier Ruíz Calderón

Versión limitada: Se han eliminado tablas, gráficos y Bibliografía,
manteniendo sólo los textos necesarios para comprender la idea central.

4. ¿Qué es la opinión pública?

«Pues yo todavía no sé qué es la opinión pública», dijo un participante en la sesión matutina de una conferencia sobre la opinión pública cuando salía de la sala para la pausa del mediodía. Eso fue en 1961 en Baden-Baden, en un simposio de profesionales e investigadores de

Comunicaciones. No estas, única, que se, política, como de investigadores del periodismo se han tirado de los pelos intentando formular una definición clara de la opinión pública.

Cincuenta definiciones

Además, desde entonces no se han realizado progresos. Por el contrario, el concepto se ha disuelto cada vez más hasta volverse totalmente inútil a efectos prácticos. A mediados de los años sesenta un profesor de Princeton, Harwood Childs (1965, 14-26), emprendió la tediosa tarea de recoger definiciones y encontró cincuenta distintas en la literatura existente. En los años cincuenta y sesenta aumentó la

exigencia de abandonar el concepto. Se decía que la opinión pública era una ficción que pertenecía al museo de la historia de las ideas. Sólo podía tener un interés histórico. Lo notable fue que esta campaña no sirvió para nada. «El concepto sencillamente se niega a morir», se lamentaba un profesor alemán de periodismo, Emil Dovifat (1962, 108). También en 1962, en su discurso inaugural sobre «El cambio estructural en el concepto de lo público: la investigación de una categoría en la sociedad burguesa», Jürgen Habermas comentaba que «no sólo el uso coloquial... se aferra a él, sino también los científicos y los investigadores, especialmente de derecho, política y sociología, que aparentemente no pueden reemplazar categorías

tradicionales como la de "opinión pública" por términos más precisos» (1962, 108). W. Phillips Davison, profesor de periodismo en la Universidad de Columbia, comenzaba su artículo «Public Opinion», escrito para la edición de 1968 de la *International Encyclopedia of the Social Sciences*, con esta frase: «No hay una definición generalmente aceptada de "opinión pública". Sin embargo», seguía, «el término se ha utilizado con frecuencia creciente... Los esfuerzos por definir el término han llevado a expresiones de frustración tales como "la opinión pública no es el nombre de ninguna cosa, sino una clasificación de un conjunto de cosas"» (Davison 1968, esp. pág. 188). Y después menciona la lista de unas cincuenta definiciones de Childs.

También encontramos esta perplejidad en los escritos del historiador alemán Hermann Oncken, que, en un artículo publicado en 1904, la

expresó así: «El que desee comprenderlo y definirlo [el concepto de opinión pública] se dará cuenta enseguida de que está tratando con un Proteo, un ser que aparece simultáneamente con mil máscaras, tanto visible como fantasmal, impotente y sorprendentemente poderoso, que se presenta bajo innumerables formas y se nos escapa siempre entre los dedos en cuanto creemos haberlo aferrado firmemente... Algo que flota y fluye no puede entenderse encerrándolo en una fórmula... Después de todo, cuando se le pregunta, todo el mundo sabe exactamente qué significa la opinión pública» (Oncken 1914, esp. 224-225, 236).

Es interesante que un intelectual con la sagacidad y la potencia conceptual de Oncken se evada diciendo que «después de todo... todo el mundo sabe...», y reduzca la búsqueda de definiciones, requisito fundamental para la aplicación del método científico, a un «encerrar en una fórmula».

La espiral del silencio como proceso de creación y propagación de la opinión pública

A principios de los años setenta, yo estaba desarrollando la hipótesis de la «espiral del silencio» intentando explicar los enigmáticos descubrimientos de 1965 (intenciones de voto que no cambiaban junto a una expectativa creciente de victoria de uno de los bandos). En ese momento empecé a preguntarme si habríamos encontrado un modo de acceder a una parte de ese monstruo llamado «opinión pública». «Se presenta bajo innumerables formas y se nos escapa siempre entre los dedos», como lo describió Oncken (1914, 225). La espiral del silencio podría ser una de las formas de aparición de la opinión pública. Podría ser un proceso por el que creciera una opinión pública nueva, joven, o por el que se propagara el significado transformado de una opinión antigua. Si fuera así, seguiría siendo necesario encontrar una definición de opinión pública para evitar tener que afirmar que «la espiral del silencio es el proceso por el que se propaga algo indefinible».

La controversia intelectual giraba en torno a los dos términos del concepto, el de «opinión» y el de «público».

***Meinung* y *opinion* significan cosas distintas**

Nuestra investigación sobre el significado de lo que en alemán se llama *Meinung* (opinión) nos llevó hasta *La república* de Platón. Con ocasión de un festival en la ciudad portuaria de El Pireo, en una conversación sobre el Estado con Glaucón y otros amigos, Sócrates expone un concepto de opinión muy semejante al concepto alemán tradicional.

-¿Entonces piensas que la opinión es más oscura que el conocimiento pero más clara que la ignorancia? -le pregunté.
-Mucho más -respondió.
-¿Se encuentra entonces entre ambos?
-Sí.
-¿La opinión está, pues, entre los dos?
-Exactamente

(Platón 1900, 165-166).

La opinión se encuentra en una situación intermedia. Para Platón, no carecía completamente de valor. Sin embargo, muchos otros autores la distinguían sólo negativamente del conocimiento, la creencia y la convicción. Kant (1893, 498) caracterizó la opinión como «un juicio insuficiente, tanto subjetiva como objetivamente». Los anglosajones y los franceses, por el contrario, veían la opinión (opinion) como algo más complejo. Prescindían de lo valiosa o inútil que pudiera ser y la interpretaban como el acuerdo unificado de una población o de un determinado segmento de población. El filósofo social inglés David Hume la llamó *common opinion* (opinión común) en una obra publicada en 1739 (Hume 1896, 411). A la opinion inglesa y francesa subyacía un sentido de acuerdo y de comunidad.

Acuerdo que exige reconocimiento

A partir de lo que hemos aprendido sobre la espiral del silencio, la interpretación inglesa y francesa tiene mucho más sentido que la preocupación alemana por el valor o la falta de valor de la opinión. Los individuos observarían el consenso de su medio y lo compararían con su propia conducta. No tiene que tratarse necesariamente, pues, de un consenso de opinión; puede tratarse de opciones de conducta: llevar una insignia o no llevarla, ceder el asiento a un anciano o permanecer sentado en un transporte público. Para el proceso de la espiral del silencio no importaba que una persona se aislase mediante una opinión o mediante una conducta. Estas consideraciones nos hicieron ver que, en la definición buscada, había que entender la opinión como expresión de algo considerado aceptable, teniendo en cuenta, pues, el elemento de consenso o acuerdo presente en el uso inglés y francés del término.

Tres significados de «público»

La interpretación de «público» demostró ser al menos tan difícil como la de «opinión». Muchos estudiosos han discutido sobre el concepto de «público». Como afirmaba Habermas, «el uso de "público" y de "lo

público" muestra una multiplicidad de sentidos distintos» (1962, 13). Para empezar, está la acepción legal de «público», que subraya el aspecto etimológico de «apertura»: es lo abierto a todo el mundo -un lugar público, un camino público, un juicio público- en cuanto distinto de la esfera privada (del latín *privare*), que es algo distinguido o apartado como propio. Encontramos un segundo significado en los conceptos de derechos públicos y poder público. En este caso, «público» denota alguna implicación del Estado. Según este segundo uso, «público» está relacionado con los intereses públicos como se expresa, por ejemplo, en la frase «la responsabilidad pública de los periodistas». Esto significa que se trata de asuntos o problemas que nos atañen a todos, relacionados con el bienestar general. Los Estados basan el uso legal de la fuerza en este principio: el individuo ha cedido a los órganos del Estado la posibilidad de aplicar la fuerza. El Estado tiene el monopolio del uso de la fuerza. Por último, en la expresión «opinión pública», «público» debe tener un significado relacionado con los anteriores pero diferentes. Algunos teóricos del derecho como Ihering y von Holtzendorff se han maravillado ante el asombroso poder de la opinión pública para hacer que el individuo se someta a los reglamentos, las normas y las reglas morales sin recurrir a la ayuda de los legisladores, gobiernos o tribunales. «Es barata»: así elogió a la opinión pública el sociólogo estadounidense Edward Ross en 1898 (1969, 95). La equivalencia de «opinión pública» y «opinión predominante» es un factor común presente en sus múltiples definiciones. Esto sugiere el hecho de que algún tipo de adhesión a la opinión pública crea las condiciones que impulsan a obrar a los individuos, incluso contra su voluntad.

La piel social

El tercer sentido de «público» podría caracterizarse como psicosociológico. El individuo no vive sólo en ese espacio interior en el que piensa y siente. Su vida también está vuelta hacia afuera, no sólo hacia las otras personas, sino también hacia la colectividad como un todo. En determinadas circunstancias (pienso en la famosa distinción de Ferdinand Tönnies entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft* -comunidad y sociedad-), el individuo expuesto queda protegido por la intimidad y familiaridad infundida, por ejemplo, por una religión compartida. Pero en las grandes civilizaciones el individuo está aún más expuesto a las exigencias de la sociedad (Tönnies 1922, 69, 80). ¿Qué es eso que «expone» continuamente al individuo y le exige que atienda a la dimensión social de su medio? Es el miedo al aislamiento, a la mala fama, a la impopularidad; es la necesidad de consenso. Esto hace que la persona desee prestar atención al entorno y se vuelva así

consciente del «ojo público». Los individuos corrientes siempre saben si están expuestos a u ocultos de la visión pública, y se comportan en consecuencia. Es cierto que las personas parecen diferir mucho en el modo en que les afecta esta conciencia. El individuo atiende con inquietud a esta corte anónima que reparte la popularidad y la impopularidad, el respeto y el escarnio.

Los intelectuales, fascinados por el ideal del individuo emancipado e independiente, apenas han caído en la cuenta de la existencia del individuo aislado temeroso de la opinión de sus iguales. Se han dedicado, por el contrario, a explorar otros muchos significados y dimensiones posibles del concepto, a menudo en estériles ejercicios académicos. Han investigado el contenido de la opinión pública, partiendo del supuesto de que versa sobre temas importantes, de «relevancia pública». También han estudiado de quién es la opinión que se puede considerar opinión pública, concretamente la de los miembros de la comunidad que quieren y pueden expresarse responsablemente sobre los asuntos de relevancia pública ejerciendo así una misión de crítica y control del gobierno en nombre de los

governados. Asimismo han reflexionado sobre las formas de la opinión pública, identificándolas como las que se expresan abiertamente y son, por ello, accesibles para todos: las opiniones que se hacen públicas, especialmente las que se hacen públicas en los medios de comunicación de masas. Sólo el aspecto psicosociológico de «público» parece haber sido prácticamente olvidado en todas las definiciones de este concepto formuladas en el siglo XX. Sin embargo, éste es el sentido que la gente percibe en su sensible piel social, en su naturaleza social.

Opiniones que pueden expresarse en público sin aislarse

En los capítulos anteriores he intentado identificar elementos que parecen estar relacionados con el proceso de la opinión pública y son investigables empíricamente: 1. la capacidad humana de percibir el crecimiento o debilitamiento de las opiniones públicas; 2. las reacciones ante esta percepción, que impulsan a hablar más confiadamente o a callarse; 3. el temor al aislamiento que hace que la mayor parte de la gente tienda a someterse a la opinión ajena. Con estos tres elementos podemos construir una definición operativa de la opinión pública: opiniones sobre temas controvertidos que pueden expresarse en público sin aislarse. Esta definición nos va a servir de pauta inicial para nuestras investigaciones posteriores.

Hay que completar, por supuesto, esta interpretación de la opinión pública, ya que sólo se aplica a situaciones en las que las opiniones compiten entre ellas, cuando las nuevas ideas emergentes están

encontrando aprobación o se están desmoronando las concepciones existentes. Ferdinand Tönnies pensaba -en su *Kritik der öffentlichen Meinung* (Crítica de la opinión pública), de 1922- que la opinión pública existía en diversos grados o estados de agregación: sólido, fluido y gaseoso (1922, 137-138). Utilizando la analogía de Tönnies, la espiral del silencio sólo aparece en el estado fluido. Por ejemplo, cuando un bando habla de *Radikalenerlass* -exclusión de extremistas de la función pública- y el otro de *Berufsverbot* -obstaculización del derecho personal a ejercer una profesión-, cada bando tiene su propio idioma y podemos comprobar el movimiento de la espiral del silencio observando la frecuencia con que la mayoría utiliza cada término. Cuando las opiniones y las formas de comportamiento se han impuesto, cuando se han convertido en costumbre o tradición, no podemos seguir reconociendo en ellas un elemento de controversia. El elemento de controversia, requisito esencial para que pueda haber aislamiento, sólo se activa tras una contravención, cuando se ha violado una opinión pública, una tradición o una moral firmemente establecida. A finales del siglo XIX, Franz von Holtzendorff (1879-1880, 74), habló de la «censura moral» de la opinión pública, y von Ihering (1883, 340) la llamó la «inspectora de todo lo moral», despojándola de cualquier rasgo intelectual. Esto es lo que quería decir cuando se refería a la consciente o inconsciente «reacción práctica de la comunidad... ante la lesión de sus intereses, una defensa para la propia protección» (Ihering 1883, 242). Hay que completar la definición de la opinión pública porque, en el terreno de las tradiciones, la moral y, sobre todo, las normas consolidadas, las opiniones y comportamientos de la opinión pública son opiniones y comportamientos que hay que expresar o adoptar si uno no quiere aislarse. El orden vigente es mantenido, por una parte, por el miedo individual al aislamiento y la necesidad de aceptación; por la otra, por la exigencia pública, que tiene el peso de la sentencia de un tribunal, de que nos amoldemos a las opiniones y a los comportamientos establecidos.

La opinión pública como aprobación y desaprobación

¿Puede una definición correcta ignorar lo que se ha presentado como opinión pública en cientos de libros, es decir, sólo la opinión sobre asuntos de significado político? Según nuestra definición, la opinión pública -se refiera al cambio o a la defensa de posiciones establecidas y consolidadas- no está restringida a ningún tema particular. De lo que se trata es de la aprobación o la desaprobación de opiniones y comportamientos observables públicamente. Se trata de la aprobación o la desaprobación perceptible para el individuo. La espiral del silencio

es una reacción ante la aprobación y la desaprobación patente y visible en el marco de constelaciones cambiantes de valores. Tampoco hay restricción respecto al tema de quién es el portador de la opinión que hay que tener en cuenta. Desde este punto de vista, la opinión pública no les pertenece sólo a los que sienten esa vocación o a los críticos talentosos, al «público políticamente activo» de Habermas (1962, 117). Todos estamos implicados.

Un viaje por el pasado: Maquiavelo, Shakespeare, Montaigne

Para comprobar si el concepto de opinión pública como se ha desarrollado a partir de la espiral del silencio está bien fundamentado, podemos retroceder doscientos años hacia el país en que apareció por primera vez el término «opinión pública»: la Francia del siglo XVIII. En una famosa novela publicada por primera vez en 1782, *Les liaisons dangereuses* (Las amistades peligrosas), Choderlos de Laclos utiliza de pasada el término *l'opinion publique* como una expresión corriente. El pasaje de Laclos narra un intercambio epistolar entre una mujer sofisticada y una joven dama. La mujer mayor aconseja a su amiga

que evite la compañía de un hombre de mala reputación: «Creéis que será capaz de cambiar a mejor, sí, y supongamos que este milagro ocurra. ¿No persistirá la opinión pública contra él, y no bastará esto para modificar en consecuencia vuestra relación con él?» (Choderlos de Laclos 1926, 1:89).

Aquí vemos actuar a la opinión pública como un tribunal de justicia en esferas muy alejadas de la política y de las personas especialmente caracterizadas por sus opiniones políticas. La autora de la carta da por sentado que ese grupo anónimo y vagamente descrito, denominado opinión pública, influirá tanto en la receptora de la carta que le inducirá a modificar consecuentemente su comportamiento. Pero podemos retroceder aún más en el pasado, a una época anterior a la que vio nacer la expresión «opinión pública». Allí encontramos el mismo tribunal anónimo juzgando y, aunque con un nombre diferente, muestra un conflicto casi idéntico. Shakespeare describe una conversación entre el rey Enrique IV y su hijo, el futuro Enrique V. El rey reprende a su hijo porque se le ve demasiado a menudo en mala compañía. Debería tener más en cuenta la opinión. La opinión es de la mayor importancia. El rey dice que la opinión le ha elevado al trono: «La opinión que me dio la corona» (*Enrique IV*, 1ª parte, tercer acto). Si Shakespeare podía emplear en la escena tan decididamente el término «opinión» a finales del siglo XVI, no es sorprendente que la expresión más larga «opinión pública» no se acuñara en Inglaterra

sino en Francia. El término inglés *opinion* parecía contener un grado suficiente de «publicidad» -esa cualidad de tribunal de justicia creador

y destructor de reputaciones- como para necesitar en absoluto el complemento del adjetivo «pública».

La idea de que un gobernante o un futuro rey debiera prestar atención a la opinión de su medio, de su público general, no era ciertamente nada extraño o nuevo para Shakespeare. Su siglo estaba familiarizado con *El príncipe* (1514), de Maquiavelo, con secciones importantes que aconsejaban a los gobernantes el mejor modo de tratar al público. Nunca hay, dice Maquiavelo, más que unos pocos que «sientan» un gobierno o, podemos traducirlo, que se sientan directamente afectados por él. Pero todos lo ven, y todo depende de que parezca, a ojos de quien lo ve, poderoso y virtuoso. «Al vulgo le guían las apariencias.» «No es, pues, necesario que el príncipe tenga todas las cualidades deseables [misericordia, fidelidad, humanidad, sinceridad, religiosidad, etc.], pero sí mucho que parezca tenerlas.» El príncipe, decía Maquiavelo, debe evitar todo lo que pueda suscitar el odio o hacerle parecer despreciable. Debe esforzarse para que la gente esté satisfecha con él (Maquiavelo 1950, 64-66, 56, 67; Rusciano s.f., 35, 40, 33, 25, 37).

En la advertencia de Enrique IV. a su hijo subyacía una teoría que Maquiavelo expuso así en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*: «No hay mejor muestra del carácter de un hombre que las compañías que frecuenta. Y por eso, muy apropiadamente, el que tiene compañías respetables adquiere un buen nombre, ya que es imposible que no haya ninguna semejanza de carácter y de costumbres entre él y sus conocidos» (Maquiavelo 1971/1950, 509-511; Rusciano s.f., 64).

Nos encontramos en la primera mitad del siglo XVI, pero apenas tenemos la sensación de habernos introducido en una época en la que la gente fuera menos sensible que actualmente ante la importancia de la buena reputación, o ante el tribunal crítico de la opinión pública.

Maquiavelo y Shakespeare nos han proporcionado, sin embargo, una nueva intuición, concretamente la de que el tribunal de justicia llamado opinión pública no sólo hace temblar por su reputación a la gentecilla sin importancia. También los príncipes, los señores y los gobernantes están sometidos a sus dictados. Maquiavelo le advierte al príncipe al que intenta instruir que, para gobernar, tiene que conocer plenamente la naturaleza de sus súbditos (Maquiavelo 1971, 257). El poder del pueblo estriba en su capacidad de rechazar el gobierno del príncipe y destronarlo si no presta atención a sus deseos (Rusciano s.f., 49).

El descubridor de la dimensión pública: Montaigne

En la Universidad de Maguncia iniciamos algunos estudios literarios sistemáticos elaborando un cuestionario de veinte preguntas sobre

textos en lugar de sobre personas. ¿Contiene un texto determinado el concepto de opinión pública o conceptos relacionados con éste? ¿Describe el miedo al aislamiento? ¿Describe conflictos entre el individuo y la colectividad, entre la opinión dominante y la opinión desviada? «Peinamos» los textos como podríamos «peinar» el campo: la Biblia, mitos, cuentos de hadas, obras de filósofos, ensayistas, poetas.

En un texto de Wilhelm Bauer (1920), que escribió varias obras sobre la opinión pública, Kurt Braatz -un estudiante de doctorado- encontró un comentario que indicaba que Maquiavelo había utilizado el concepto en italiano. Pero no aportaba ninguna cita, y no pudimos localizar el pasaje. Aunque las traducciones inglesas de Maquiavelo han utilizado la expresión *public opinion*, los *Discorsi* emplean términos como *opinione universale* (1, 58), *commune opinione* (11, 10) o *pubblica voce* (111, 34).

Pensábamos que para determinar el significado de «opinión pública» teníamos que ver cómo empezó a usarse el concepto, en qué contexto, a partir de qué observaciones, igual que se puede conocer

mejor una planta estudiando su hábitat. Nuestras expectativas quedaron confirmadas. Michael Raffel (1984) resumió los descubrimientos de su tesina de licenciatura en un artículo titulado «El creador del concepto de opinión pública: Michel de Montaigne». En la edición de 1588 de sus ensayos, unos setenta años después de la aparición de los *Discorsi* de Maquiavelo, Montaigne utilizó en dos ocasiones el sustantivo colectivo *l'opinion publique*. Explicó por qué sus escritos estaban salpicados de tantas citas de escritores de la antigüedad de esta manera: «En realidad, la opinión pública es la que me hace presentarme con todos estos adornos prestados» (Montaigne 1962, 1033). La segunda vez que empleó la expresión «opinión pública» fue al tratar la cuestión de cómo podían cambiarse las costumbres y las ideas morales. Según Platón, decía, la pederastia era una pasión peligrosa. Para combatirla, Platón aconsejó (en *Las leyes*) que la condenase la opinión pública. Pidió que los poetas representasen ese vicio como execrable, creando así una opinión pública sobre el tema. Aunque la nueva opinión negativa pudiera ir en contra de la opinión mayoritaria, podría, si se presentase como la opinión predominante, acabar siendo aceptada por los esclavos y los hombres libres, por las mujeres y los niños, y por toda la ciudadanía (ibíd., 115).

No es casual que Montaigne se fijara tanto en la naturaleza social del hombre y en la fuerza de la notoriedad, la aprobación pública y la condena pública. Por lo que sé, todos los intelectuales o escritores que han hecho alguna contribución importante al tema de la opinión

pública habían adquirido antes experiencia de primera mano sobre ella. Maquiavelo escribió tras un cambio de gobierno en Florencia, después de haber sido acusado de participar en una conspiración, encarcelado, torturado y después liberado, y haberse retirado a sus propiedades de San Casciano. La experiencia de Montaigne era triple. En primer lugar, tuvo la experiencia de su familia inmediata. El sistema corporativo medieval había empezado a cambiar. Un grupo recién formado de ciudadanos ricos pero no aristocráticos luchaba para que se reconociese su igualdad de derechos con la nobleza. Se estaba librando una batalla sobre los códigos del vestir y los símbolos de posición social -qué pieles, qué joyas, qué clases de tela se adecuaban al rango-, una batalla sobre las formas de vida públicas, visibles. Montaigne fue testigo de esto en su propia familia. Su familia paterna se había enriquecido con el comercio del vino y los tintes, y había comprado el Château Montaigne en 1477. Su padre había añadido «de Montaigne» al apellido de la familia. Montaigne había adquirido en su casa la sensibilidad respecto a los símbolos y las nuevas formas de comportamiento.

Más importante aún fue la experiencia del cambio de creencias, la lucha religiosa entre católicos y protestantes iniciada cuando Lutero expuso sus noventa y cinco tesis en 1517. Esa lucha adoptó en Francia la forma de las guerras de religión (1562-1589). Montaigne se lamentaba de que no hubiera manera de escapar de las guerras en ningún lugar de Francia, y de que la ciudad de Burdeos, de cuyo *parlement* era miembro, estuviera especialmente alborotada y perturbada por los continuos enfrentamientos. Había que observar cuidadosamente el medio social y la fuerza respectiva de los bandos, y adaptar en consecuencia el propio comportamiento. Después de todo, de tres a cuatro mil hugonotes fueron asesinados en París en la famosa masacre de la noche de San Bartolomé (23 de agosto de 1572), y otros doce mil murieron en el resto de Francia.

Éstas fueron, sin duda, las circunstancias que impulsaron a Montaigne a retirarse de la vida pública en su treinta y ocho cumpleaños (28 de febrero de 1571). Hizo poner una inscripción sobre la entrada de su biblioteca de la torre del Château Montaigne en la que se decía que deseaba pasar el resto de sus días allí en paz y en soledad. En este lugar escribió sus famosos *Ensayos*. Acabó volviendo a la vida pública, siendo nombrado alcalde de Burdeos en 1582, y viajó en diversas misiones diplomáticas por toda Europa. Por eso fue muy consciente del contraste entre la vida pública y la vida privada, y del modo en que en los diferentes países se mantenían distintas

convicciones, en todos los casos consideradas vinculantes. «¿Qué clase de verdad es la que está limitada por montañas y se torna

mentira al otro lado de esas montañas?», se pregunta (Montaigne 1962, 563). «Si las montañas pueden poner límites a la "verdad", la opinión debe tener un aspecto social y su reino unos límites rigurosos» (203). «Así que Montaigne ve las opiniones predominantes como vinculadas a un lugar y un tiempo determinados, como una realidad social observable con una validez sólo temporal. Sólo las legitima el hecho de que se presenten como opiniones sin alternativa, obligatorias: ...de modo que, en realidad, no tenemos pautas de verdad y de razón aparte de los ejemplos e ideas, de opiniones y hábitos que vemos todos los días a nuestro alrededor» (Raffel 1984). Alternando en su vida etapas esencialmente públicas y esencialmente privadas, Montaigne se convierte en sus escritos en el descubridor de la dimensión pública. Divide su vida conscientemente en dos partes: «El hombre sabio debe retirar la mente internamente de la muchedumbre vulgar, y conservar esa misma libertad y poder de juzgar libremente sobre todas las cosas; pero, en asuntos externos, debe seguir estrictamente las modas y formas recibidas de la costumbre» (Montaigne 1962/1908, 129). Para Montaigne, la esfera

pública tiene sus propias leyes intrínsecas. Es una esfera dominada por un consenso enemigo de la individualidad. «Ni una entre mil de nuestras acciones habituales nos concierne como individuos» (Raffel 1984). Montaigne inventa múltiples conceptos nuevos para este nuevo elemento. Acuña el término *le publique* y, además del nuevo concepto *l'opinion publique*, habla de *l'opinion commune* (Montaigne 1962, 174), *l'approbation publique* (ibíd., 1013) y la *référence publique* (ibíd., 9).

¿Por qué entonces el concepto *opinion publique* no se impuso hasta un siglo y medio después? «Quizá una carta de un amigo de Montaigne, Etienne de Pasquier, a un conocido pueda ayudarnos en este punto», sugiere Michael Raffel. Pasquier se lamenta de que Montaigne se tome frecuentemente la libertad de emplear palabras inhabituales «que, si no me equivoco, le costará poner de moda» (Raffel 1984; Frame 1965).

John Locke, David Hume y Jean-Jacques Rousseau leyeron a Montaigne; pero éste no se convirtió en un escritor de moda hasta la segunda mitad del siglo XVIII, en la década anterior a la Revolución Francesa.

Tras nuestra descripción de las investigaciones empíricas en los capítulos anteriores, nuestra búsqueda por el pasado nos ha conducido hasta la primera aparición del concepto de opinión pública en el siglo xvr. Todo lo descrito como opinión pública, opinión general, aprobación pública y decoro público en las obras que hemos

examinado nos resulta tan notablemente relacionado con el trabajo empírico, que es como si estuviéramos viendo reunirse dos pa-

noramas que fueran uno en realidad. Esto nos anima a seguir buscando evidencias históricas con la esperanza de que nos ayudarán a comprender mejor la opinión pública.

26. Hacia una teoría de la opinión pública

A mediados de los años treinta, cuando se había demostrado la eficacia del método de las encuestas representativas de población por la exactitud con que se había predicho el resultado de las elecciones presidenciales americanas de 1936, las expectativas eran grandes en

el campo de la investigación de la opinión pública. Pocos meses después apareció el primer número de la nueva revista *Public Opinion Quarterly*. Contenía un ensayo introductorio de Floyd H. Allport titulado «Hacia una ciencia de la opinión pública». Veinte años después, en 1957, el título del ensayo de Herbert H. Hyman «Hacia una teoría de la opinión pública», publicado también en *Public Opinion Quarterly*, demostraba la misma confianza.

La siguiente vez que este término clave apareció en un artículo de *Public Opinion Quarterly*, en 1970, había síntomas de impaciencia. Las actas de la vigesimoquinta Conferencia Anual de la *American Association for Public Opinion Research* incluían un informe sobre una sesión titulada «Hacia una teoría de la opinión pública». Los principales oradores fueron el psicólogo Brewster Smith y el científico social Sidney Verba, de la Universidad de Chicago. El psicólogo afirmó que la investigación «todavía no ha afrontado el problema del modo en que se articulan las opiniones individuales para producir consecuencias sociales y políticas. El problema de articulación, implicado en cualquier concepción de la opinión pública como hecho social, es prioritario para la ciencia política y la sociología» (Smith 1970, 454). El científico social sostuvo: «Gran parte de la investigación sobre la opinión pública política es irrelevante para la elaboración de la teoría macropolítica sobre la relación entre las actitudes de la masa y el comportamiento y los resultados políticos significativos. Esta

irrelevancia se debe principalmente a que la mayor parte de la investigación sobre la opinión pública se centra en el ciudadano individual como unidad de análisis» (Verba 1970, 455).

Básicamente, ambos oradores buscaban una respuesta a la misma pregunta: ¿Cómo se transforma la suma de las opiniones individuales, tal como las define la investigación de la opinión pública, en el tremendo poder político conocido como «opinión pública»?

Indiferencia por la opinión pública

La respuesta tardó en llegar porque nadie buscaba un tremendo poder político. Ninguna de las cincuenta definiciones de la opinión pública recogidas por Harwood Childs en el famoso segundo capítulo de su libro *Public Opinion* se fija explícitamente en el poder de la opinión pública (Childs 1965, 12-41). En lugar de ello, varias definiciones

confundían, por así decirlo, el barómetro con el tiempo. «La opinión pública consiste en las reacciones de la gente ante afirmaciones y preguntas claramente formuladas en una situación de entrevista» (Warner 1939, 377); o «La opinión pública no es el nombre de alguna cosa, sino una clasificación de una serie de cosas que, en una distribución de frecuencias estadísticamente ordenadas, presenta modas o frecuencias que llaman la atención o provocan interés» (Beyle 1931, 183).

¿Cómo puede una distribución de frecuencias ordenada estadísticamente derribar un gobierno o atemorizar a un individuo?

La espiral del silencio no es compatible con el ideal democrático

Era previsible que la teoría de la espiral del silencio no fuera recibida como un progreso hacia una teoría de la opinión pública cuando se presentó por primera vez en el Congreso Internacional de Psicología de Tokio de 1972, ni en 1980 o 1984, cuando mi libro apareció en alemán y en inglés respectivamente. En esa teoría no había lugar para el ciudadano informado y responsable, el ideal en que se basa la

teoría democrática. La teoría democrática clásica no tiene en cuenta el miedo del gobierno y del individuo a la opinión pública. La teoría democrática no trata temas como la naturaleza social del hombre, la psicología social o el origen de la cohesión social.

Un equipo de investigación germanoestadounidense formado por Wolfgang Donsbach, de la Universidad de Maguncia, y Robert L. Stevenson, de la Universidad de Carolina del Norte (Chapel Hill), puso a prueba la tesis de la espiral del silencio en las encuestas electorales realizadas en Carolina del Norte por el Instituto de Investigación de la Comunicación de dicha universidad. Confirmaron la tendencia de uno de los bandos a permanecer en silencio acerca del controvertido tema de la legislación sobre el aborto. Al mismo tiempo se mostraban pesimistas sobre la posibilidad de defender la espiral del silencio. La teoría consiste, escribieron, en una larga cadena de hipótesis, una cadena de relaciones causales. «En términos microsociológicos, la cadena comienza con la variable psicosociológica del miedo al aislamiento y la tendencia a expresarse o a quedarse callado y, en términos macrosociológicos, con la integración en la sociedad» (Donsbach y Stevenson 1986, 14; véase también 7). Cada eslabón de la cadena tenía aspectos criticables. La teoría relacionaba tesis de diversas ciencias sociales que tradicionalmente se consideraban separadas, a saber: hipótesis de teorías de la conducta y de las actitudes, de teorías de la comunicación y de teorías sociales (ibíd., 8

y sigs.). Quizá tuvieran razón al mantener que la incapacidad de la teoría para respetar las fronteras entre las diferentes disciplinas la

colocaba en desventaja. En aquel momento los académicos no solían estar demasiado interesados en dialogar con disciplinas relacionadas con la suya.

Lo que hay que saber para analizar la opinión pública

Sólo se puede avanzar hacia una teoría de la opinión pública con una definición clara del concepto y un conocimiento de las condiciones necesarias para el estudio empírico de la opinión pública. He elaborado una lista de seis preguntas básicas que pueden servir para facilitar esta empresa. Las respuestas a estas preguntas proporcionan la información mínima necesaria para comprobar la teoría de la espiral del silencio (Noelle-Neumann 1989a, 20):

1. Hay que determinar la distribución de la opinión pública sobre un tema dado con los métodos pertinentes de encuesta representativa.
2. Hay que evaluar el clima de opinión, la opinión individual sobre «¿Qué piensa la mayoría de la gente?». Esto muestra a menudo un panorama completamente nuevo.
3. ¿Cómo cree el público que va a evolucionar el tema controvertido? ¿Qué bando va a adquirir fuerza, cuál va a perder terreno?
4. Hay que medir la disposición a expresarse sobre un determinado tema, o la tendencia a permanecer callado, especialmente en público.
5. ¿Posee el tema en cuestión un fuerte componente emocional o moral? Sin ese componente no hay presión de la opinión pública y, por lo tanto, no hay espiral del silencio.
6. ¿Qué posición adoptan los medios de comunicación ante ese tema? ¿A qué bando apoyan los medios influyentes? Los medios son una de las dos fuentes de las que procede la estimación que la gente hace del clima de opinión. Los medios influyentes prestan palabras y argumentos a los otros periodistas y a los que están de acuerdo con ellos, influyendo así en el proceso de la opinión pública y en la tendencia a expresarse o a quedarse callado.

La mayoría silenciosa no refuta la espiral del silencio

Algunos investigadores que han puesto a prueba la espiral del silencio han propuesto que no se tenga en cuenta la influencia de los medios de comunicación, al menos inicialmente, para simplificar sus estudios (véase Glynn y McLeod 1985, 44). Esto llevaría, no obstante, a refutar la teoría de la espiral del silencio cuando el tono de los medios discrepase mucho de la opinión pública. El proceso de la espiral del silencio no se ha opuesto ni en una sola ocasión a la línea adoptada

por los medios. El que un individuo sea consciente de que los medios apoyan su opinión es un factor importante que influye en la predisposición de esa persona a expresarse. Un ejemplo de ello en Alemania fue la cuestión de si los miembros del Partido Comunista debían poder ser jueces (véase más arriba, pág. 222). Aunque la minoría favorable era ciertamente muy pequeña y conocía su situación minoritaria, estaba mucho más dispuesta a hablar que la mayoría. La mayoría, que sentía que le faltaba el apoyo de los medios de comunicación, se convirtió en una mayoría silenciosa. El caricaturista inglés de 1641 (del que hablamos en el capítulo anterior) tenía buenas razones para representar el árbol de la opinión pública con periódicos y libros colgando. Como otros muchos temas, el de si los miembros del Partido Comunista podrían ser jueces se volvió casi incomprensible una o dos décadas después. La presión ejercida por la opinión pública desapareció completamente, como nubes de tormenta. Incluso sumergiéndose en los periódicos de la época, amarillentos por el tiempo transcurrido, sería imposible captar la esencia de su tono en contra del llamado «decreto sobre radicales», que prohibía el acceso de comunistas declarados a puestos de funcionario.

Supuestos de la teoría

Con la ayuda de las seis preguntas enumeradas más arriba podemos diseñar estudios de caso y realizar predicciones. En un tema como la energía nuclear, en el que hay una clara toma de postura de los medios de comunicación y un fuerte componente moral relativo a la seguridad de las generaciones futuras, cabe esperar que los que se oponen a la energía nuclear estén más dispuestos a expresarse en público y parezcan más fuertes en el clima de opinión que los que están a favor (Kepplinger 1988, 1989a). Sabine Mathes confirmó esta suposición en su tesina de licenciatura en la Universidad de Maguncia (Mathes 1989). Sólo cuando los partidarios han quedado reducidos a un núcleo duro puede esperarse que demuestren una mayor voluntad de hablar en público que los oponentes. (Véase, sobre el «núcleo duro», el final de este capítulo.)

¿Qué teoría subyace tras el análisis de este estudio de caso? La teoría de la espiral del silencio se apoya en el supuesto de que la sociedad -y no sólo los grupos en que los miembros se conocen mutuamente- amenaza con el aislamiento y la exclusión a los individuos que se desvían del consenso. Los individuos, por su parte, tienen un miedo en gran medida subconsciente al aislamiento, probablemente determinado genéticamente. Este miedo al aislamiento

hace que la gente intente comprobar constantemente qué opiniones y modos de comportamiento son aprobados o desaprobados en su

medio, y qué opiniones y formas de comportamiento están ganando o perdiendo fuerza. La teoría postula la existencia de un sentido cuasiestadístico que permite realizar esas estimaciones. Los resultados de sus estimaciones influyen en la inclinación de la gente a expresarse, así como en su comportamiento en general. Si la gente cree que su opinión forma parte de un consenso, se expresa con confianza en conversaciones públicas y privadas, manifestando sus convicciones con pins y pegatinas, por ejemplo, pero también mediante la ropa que visten y otros símbolos públicamente perceptibles. Y, a la inversa, cuando la gente se siente en minoría se vuelve precavida y silenciosa, reforzando así la impresión de debilidad, hasta que el bando aparentemente más débil desaparece, quedando sólo un núcleo duro que se aferra a sus valores anteriores, o hasta que la opinión se convierte en tabú.

Es difícil verificar la teoría porque se basa en cuatro supuestos diferentes, así como en un quinto supuesto sobre la relación entre los cuatro primeros.

Los cuatro supuestos son:

1. La sociedad amenaza a los individuos desviados con el aislamiento.
2. Los individuos experimentan un continuo miedo al aislamiento.
3. Este miedo al aislamiento hace que los individuos intenten evaluar continuamente el clima de opinión.
4. Los resultados de esta evaluación influyen en el comportamiento en público, especialmente en la expresión pública o el ocultamiento de las opiniones.

El quinto supuesto afirma que los anteriores están relacionados entre sí, lo que proporciona una explicación de la formación, el mantenimiento y la modificación de la opinión pública.

Cualquier comprobación empírica de estos supuestos exige que se transformen en indicadores observables en situaciones que puedan registrarse mediante entrevistas.

La comprobación de la amenaza de aislamiento

¿Ejerce la opinión pública una amenaza de aislamiento? ¿Utiliza la opinión pública esa amenaza para defenderse de los individuos que sostienen opiniones discrepantes? ¿Consigue aceptación la opinión pública mediante la amenaza de aislamiento? Nos consideramos una sociedad liberal. El término «liberal» tiene un halo positivo para el 52 por ciento de la población alemana, y el 64 por ciento de los padres

alemanes de hoy día quieren inculcar a sus hijos la virtud de la «tolerancia».

Amenazar a alguien que discrepe de la opinión pública generalmente mantenida es una actitud ciertamente intolerante. Por esa razón es tan difícil hacer preguntas sobre este tema en una encuesta. Sin embargo, en la edición de 1984 de *La espiral del silencio* pudimos describir varios modos diferentes de amenaza de aislamiento. Un ejemplo de ello es la pregunta sobre el automóvil con las ruedas pinchadas deliberadamente con una pegatina de un partido rechazado por el entrevistado (véase más arriba, págs. 75 y sigs.).

Como parte de nuestras encuestas electorales también usamos una pregunta sobre un conductor forastero cuya petición de información rechaza un viandante de la ciudad. La pregunta acaba: «Hay que añadir que el conductor lleva un pin de propaganda política prendido en su chaqueta. ¿Qué piensa usted, de qué partido es el pin?». Asimismo formulamos una pregunta acerca de qué partido es aquel cuyos carteles son rotos o arrancados con mayor frecuencia, lo que pensamos que constituye una medida de la amenaza pública de

aislamiento contra los simpatizantes de ese partido.

En Maguncia empezamos a ahondar seriamente en el tema de cómo funciona la amenaza del aislamiento. Sabine Holicki (1984) escribió una tesina de licenciatura titulada «La amenaza del aislamiento. Aspectos psicosociológicos de un concepto de la teoría de la comunicación». Otra tesina, de Angelika Albrecht (1983), se titulaba «Reír y sonreír: ¿aislamiento o integración?». Recordamos que Stanley Milgram había utilizado ingeniosamente señales acústicas como silbidos, abucheos y risas despectivas como signos de la amenaza de aislamiento (véase más arriba, págs. 77 y sigs.). Pero hasta 1989 no se me ocurrió el test que llevaba buscando tanto tiempo. Sólo había que tener en cuenta las señales de comportamiento conformista descritas en la literatura sobre el tema y lo que la psicología social decía acerca de la risa, aunque esos estudios no mencionen la opinión pública (Nosanchuk y Lighstone 1974; Berlyne 1969).

Aplicamos el nuevo test inmediatamente al tema de la energía nuclear, utilizando los abucheos y la risa despectiva como indicadores. El texto de la pregunta decía: «Me gustaría contarle un incidente que sucedió hace poco en una gran reunión pública sobre la energía nuclear. Había dos oradores principales. Uno habló a favor de la energía nuclear y el otro en contra. Uno de ellos fue abuchado por el público. ¿Cuál cree que fue el abuchado, el orador que defendía la energía nuclear o el que se oponía a ella?». El 72 por ciento de los alemanes

que respondieron opinaban que el orador abuchado había sido el defensor de la energía nuclear; el 11 por ciento, que se trataba del que

se oponía a ella. Los indecisos sólo constituían el 17 por ciento (véase tabla 27).

No cabe duda de que la amenaza de aislamiento existe y que la gente sabe qué opiniones suponen un alto riesgo de activación de esa amenaza al ser expresadas públicamente. Pocas semanas después, el mismo test se aplicó en Gran Bretaña. Nuestro colega Robert J. Wybrow incluyó la pregunta en una encuesta omnibús con 1.000 entrevistas y ofreció los resultados al poco tiempo. También en el Reino Unido el clima de opinión estaba claramente en contra de los que apoyaban la energía nuclear, aunque no en el mismo grado.

Es indudable que un clima de opinión así de hostil influye en la predisposición individual a hablar o a quedarse callado. En cualquier caso, fue importante que los entrevistados ingleses aceptaran la pregunta del test. Toda teoría de la opinión pública debe ser aplicable internacionalmente. Aunque pueda incluir aspectos específicos del país del que se trate en cada caso, debe ser posible confirmar internacionalmente la esencia de estos estudios.

Así pues, el test debe poder aplicarse en diferentes culturas. Pensé en

el estilo tan civilizado de las relaciones sociales en Japón y dudé que el nuevo test de amenaza de aislamiento pudiera aplicarse en esa cultura, porque hasta los estudiantes estadounidenses se sentían ofendidos cuando describía el test en el que se rajan las ruedas de un automóvil con pegatinas de un partido impopular.

Cuando discutí sobre la pregunta de test con Hiroaki Minato, un estudiante japonés de uno de mis seminarios de la Universidad de Chicago, negó que fuera posible aplicar el test del abucheo en Japón. Después de haber discutido una amplia variedad de opciones, dijo: «Así sería la situación en Japón». El texto revisado para Japón dice ahora: «En una reunión de barrio se planteó un debate sobre la energía nuclear. Uno de los presentes habló a favor de la energía nuclear y otro lo hizo en contra. Uno de ellos oyó después que se había criticado, a sus espaldas, su intervención. ¿Quién de los dos cree que fue el criticado?».

La comprobación del test de aislamiento

Muchos estadounidenses se sintieron desconcertados por los experimentos sobre el miedo al aislamiento realizados por Asch y Milgram (véanse más arriba págs. 59 y sigs.). Milgram repitió los experimentos -modificados- en Francia y en Noruega porque quería saber si el comportamiento conformista era tan predominante en Europa como parecía serlo en los Estados Unidos. La idea de que los

estadounidenses pudieran experimentar miedo al aislamiento ofendió tanto a los estudiantes durante una de mis conferencias en la

Universidad de Chicago que muchos se fueron del auditorio. Obviamente, era imposible preguntar en una encuesta «¿Tiene usted miedo al aislamiento?», aunque anteriormente ya se hubiera planteado esta misma pregunta en los Estados Unidos para comprobar la espiral del silencio. Con frecuencia se había criticado la teoría por lo que parecía un énfasis excesivo en los motivos irracionales y emocionales de la conformidad. Se decía que yo había subestimado las razones buenas y racionales de ese fenómeno. Éste es, por supuesto, un tema de discrepancia tradicional entre los científicos sociales europeos y los americanos, favoreciendo estos últimos las explicaciones racionales del comportamiento humano.

En el capítulo 3 (págs. 64 y sigs.) hemos descrito un método para comprobar el miedo al aislamiento. En el «test de la amenaza» los fumadores se sentían intimidados cuando se les presentaba un dibujo de una persona que dice furiosamente: «Los fumadores son tremendamente desconsiderados. Obligan a los demás a respirar su humo, tan perjudicial para la salud». Pero seguíamos muy lejos de poder satisfacer la demanda de nuestros colegas americanos de que

encontrásemos un método para medir realmente el miedo al aislamiento (véase Glynn y McLeod 1985, 47 y sigs., 60).

Experimentamos un fuerte impulso al estudiar un área de investigación que se remonta a Charles Darwin en el siglo XIX y que produjo en los años cuarenta y cincuenta la floreciente área de investigación llamada dinámica de grupos. Esta disciplina se centraba en preguntas relacionadas con la cohesión de grupo: ¿En qué se basa la estabilidad de un grupo? ¿Qué hace el grupo cuando los miembros individuales violan las reglas y amenazan la existencia del grupo? Sabine Holicki (1984) conoció la investigación realizada en este área cuando buscaba materiales sobre la amenaza de y el miedo al aislamiento. Descubrió que los experimentos de dinámica de grupos habían registrado un proceso de tres etapas. En la primera el grupo utiliza la persuasión amistosa para intentar ganarse al individuo desviado. Si esto no funciona, se amenaza al individuo desviado con la exclusión del grupo. Si esto también fracasa, «el grupo redefine sus fronteras» (en el lenguaje de la dinámica de grupos), lo que significa que el individuo desviado queda excluido del grupo (Cartwright y Zander [1953] 1965, 145).

Esto nos recuerda la frase de Edward Ross: «hasta que el miembro muerto se desprende del cuerpo social» (véanse págs. 129-130 más arriba). Algo resulta extraño: los investigadores de dinámica de grupos estudiaron cómo mantienen la cohesión los grupos, pero se detuvieron

ahí. ¿Por qué no dieron un paso más e investigaron qué es lo que mantiene unida la sociedad como un todo? Si hubieran dado este

paso habrían tenido que tratar el fenómeno de la opinión pública como instrumento de control social.

Pero el término «opinión pública» nunca se menciona en el contexto de la dinámica de grupos. Y tampoco aparece en los escritos de Erving Goffman, cuyas investigaciones sistemáticas en los años cincuenta y sesenta comenzaron donde Montaigne se había detenido hacía unos trescientos cincuenta años. Según Goffman, en cuanto las personas dejan de estar solas -aunque sólo haya una persona presente, y más aún cuando hay muchas- se transforman debido a la conciencia de que los otros se están formando una opinión sobre ellas. Goffman se concentró en las situaciones públicas desde el punto de vista de la psicología social, iluminando una zona que anteriormente había permanecido ignorada. *Behaviour in Public Places* (El comportamiento en los lugares públicos) era el lacónico título de una de sus obras precursoras (Goffman 1963a). Todos los libros de Goffman publicados entre 1955 y 1971 (por ejemplo 1956, 1963b) reflejan su preocupación por la naturaleza social del hombre y por el sufrimiento debido a esa naturaleza social.

En el curso de sus estudios sobre la personalidad, Goffman encontró la descripción de Darwin de las múltiples características físicas que muestran la naturaleza social del hombre. Nosotros también podemos referirnos con provecho a *The Expression of the Emotions in Man and Animals* (La expresión de las emociones en el hombre y los animales; 1873), de Darwin, en nuestra búsqueda de pruebas del miedo humano al aislamiento. En el capítulo 13 de esa obra, Darwin trata el tema de la turbación y describe los síntomas físicos que se asocian con él, como sonrojarse, palidecer, sudar, tartamudear, gestos nerviosos, manos temblorosas, voz débil, cascada o anormalmente aguda o grave, sonrisas forzadas, apartar la mirada... Darwin comenta que la gente intenta evitar darse cuenta de que la están observando reduciendo el contacto visual (Darwin 1873, 330).

Darwin distingue entre dos partes de la naturaleza humana, una orientada hacia afuera y la otra hacia adentro. Cuando el individuo se orienta hacia afuera se somete a su naturaleza social. Esto lo confirman signos objetivos como el sonrojo, que no se da en los animales. Darwin distingue entre los sentimientos de culpa, vergüenza y azoramiento. Se puede estar profundamente avergonzado de una pequeña mentira sin sonrojarse, pero sonrojarse en cuanto se crea que se ha descubierto la mentira. Darwin dice que la timidez es la causa del sonrojo. Pero la timidez es simplemente sensibilidad ante lo que los demás puedan pensar de nosotros.

Darwin no utiliza nunca el término «opinión pública». Aunque nunca menciona el miedo al aislamiento, sus observaciones indican

claramente que la naturaleza social del hombre lleva a éste a reflexionar sobre la opinión ajena, a preguntarse cómo se le ve desde el mundo exterior y a desear crear una impresión favorable para que nadie pueda señalarle con el dedo, explícita o implícitamente. Hasta la atención pública provocada por las buenas acciones resulta embarazosa para muchas personas.

~~Erving Goffman, castigo contra quienes se desatan tras infringir ciertas~~
Erving Goffman, castigo contra quienes se desatan tras infringir ciertas reglas de conducta en público (Goffman 1956, 265, 270 y sigs.). Esta suposición fue refutada por Michael Hallemann en su tesis doctoral escrita en la Universidad de Maguncia. Hallemann demostró que la turbación era una reacción ante cualquier situación en la que el individuo se siente aislado, aunque todo el mundo le considere un héroe por haber impedido que un niño se ahogue (véase la tabla 28).

Van Zuuren (1983) describe un grupo de jóvenes científicos sociales holandeses que realizaron experimentos consigo mismos en situaciones embarazosas. Deteniéndose para charlar en medio de una bulliciosa zona peatonal, por ejemplo, el grupo pudo experimentar qué

se sentía al ser blanco de airadas miradas de desaprobación. En un café medio vacío se sentaron en la mesa ocupada por otra pareja desconocida y observaron sus propias reacciones al infringir esa regla tácita. Fueron dos veces a la misma tienda y compraron el mismo producto en las dos ocasiones en un corto período de tiempo. Una de las tareas consistió en coger el ascensor hasta el último piso de una casa desconocida y quedarse allí mirando sin hacer nada. Una de las participantes en el experimento dijo que temía no saber qué hacer si alguien le preguntara qué estaba haciendo allí. «De repente me di cuenta de qué aspecto tan grotesco debía de tener con mis pantalones rosa y mi blusa rosa.»

Estos autoexperimentos mostraron que hay una especie de control personal interno que filtra el comportamiento antes de realizarse el control social, anticipando la amenaza de aislamiento. El mero pensamiento de lo desagradable que puede ser una situación hace que el individuo corrija sus comportamientos divergentes del consenso público antes de que la colectividad ejerza el control social exterior, e incluso antes de que la colectividad sepa nada sobre la infracción proyectada. De hecho, muchos de los participantes en los autoexperimentos holandeses no realizaron las acciones que habían planeado. Éste es el área de «interacción simbólica» descrita por George Herbert Mead, de la Universidad de Chicago. La «interacción simbólica», el pensamiento sobre lo que los demás podrían pensar o

cómo podrían reaccionar, influye en los individuos como si fuera real. Pero este mundo de discusiones silenciosas que tienen lugar en la

propia mente, con el miedo procedente de la naturaleza social del hombre, era tan ajeno para las ciencias sociales contemporáneas de Mead que éste no llegó a publicar un segundo libro. Una de sus obras principales, las «Clases de psicología social de 1927» (en Mead 1982), que se lee y utiliza actualmente en los seminarios sobre la opinión pública, se basa en los apuntes tomados por los alumnos de

Mead.

La turbación como manifestación de la naturaleza social del hombre

¿Cómo percibe el individuo la amenaza de aislamiento? ¿Cuáles son las señales? ¿Cómo experimenta el individuo el miedo al aislamiento y cómo podemos medirlo? Un grupo de estudiantes de un «seminario-taller» en Maguncia planeó un autoexperimento. En Alemania, el carnaval de Maguncia es un importante acontecimiento que podemos suponer que goza del apoyo del consenso público. Los estudiantes instalaron en una calle animada un puesto donde la gente podía hacerse miembro de una organización fundada recientemente, una organización opuesta al gasto de dinero en el carnaval anual de Maguncia. Las octavillas decían que sería mejor dedicar ese dinero a la ayuda al Tercer Mundo. Las octavillas estaban apiladas en grandes montones en el puesto y los estudiantes intentaban repartirlas entre los que pasaban y conseguir firmas en favor de la causa. Uno de los estudiantes filmó lo que sucedió desde una casa cercana, posibilitando así el análisis de los tipos de comportamiento que se produjeron (Ewen y otros 1981-1982). Participaron hasta los tenderos de las calles adyacentes. Intentaban que los peatones no se detuvieran en el puesto con gestos que mostraban claramente su opinión de que los estudiantes estaban locos.

La experiencia de que la gente le diera la espalda cuando se acercaba y que otros cambiaran de dirección para evitarle le impresionó tanto a Michael Hallemann, que dedicó a ese tema su tesina de licenciatura y su tesis doctoral (Hallemann 1984, 1989; véase también 1986).

El Instituto Allensbach realizó una encuesta representativa en la que se enseñaba un dibujo a los entrevistados. A los hombres se les enseñó la imagen de dos hombres, y a las mujeres la de dos mujeres. En cada una de ellas una persona le dice a la otra: «Imagínate lo que me pasó ayer. Fue tan embarazoso... Yo... ». Entonces el encuestador dice: «Aquí tiene a dos personas hablando. Lamentablemente la frase del hombre / de la mujer está inacabada. ¿Qué cree que quería contar, qué fue lo que pudo sucederle?». Después de analizar las respuestas de unos 2.000 entrevistados, Hallemann diseñó treinta situaciones embarazosas. En la siguiente encuesta de Allensbach se

les presentaron a los entrevistados estas situaciones, escrita cada una de ellas en una ficha, y se les dijo: «Estas fichas describen algunas situaciones que pueden producirse en algún momento. Por favor, coloque las fichas sobre esta hoja, según le parezca embarazosa o no la situación».

Las diversas situaciones embarazosas se exponen en la tabla 28 junto

Con los resultados de 1989 República Federal de Alemania, España y Corea del Sur, los investigadores de Alemania, España y Corea del Sur de preguntas. Pareció no haber cambios significativos en lo que la gente encontraba embarazoso. Los resultados de la segunda encuesta fueron prácticamente idénticos a los de la primera. Hasta este test habíamos supuesto que el azoramiento dependía en gran parte de las tradiciones culturales y que variaría mucho de país a país. Al menos en Alemania, España y Corea se da una sorprendente semejanza entre las situaciones percibidas como embarazosas.

Goffman (1956, 270) escribió que si queremos aprender más sobre la naturaleza social del hombre debemos estudiar las situaciones que provocan azoramiento. Como no podemos preguntar a la gente

directamente sobre su naturaleza social -la mayor parte de la gente preferiría ignorarla (la mayoría de los alemanes aseguran que no les importa lo que los demás piensen sobre ellos)-, tenemos que buscar indicadores, como afirmó Emile Durkheim en *Las reglas del método sociológico* (1895). Los indicadores no son lo que se busca, pero permiten atisbar lo que se quiere estudiar.

La medición del miedo al aislamiento

La publicación de *La espiral del silencio* planteó múltiples cuestiones difíciles. La investigación social se había concentrado en el campo de la dinámica de grupos desde los años treinta, y una de las críticas fue que los diversos grupos a los que pertenece el individuo son mucho más influyentes que el público indefinido al que se refería la teoría. La gente da mucha más importancia a lo que dicen y piensan sus vecinos, colegas, compañeros de club y miembros de sus grupos de referencia que a lo que dicen y piensan los desconocidos de un público anónimo.

Donsbach y Stevenson intentaron refutar esta objeción (1986, 10 y sigs.). Afirmaron que la espiral del silencio no pretendía ser una teoría determinista que sólo tenía en cuenta un factor exclusivo -por ejemplo, el miedo al aislamiento- como único determinante del comportamiento de un individuo, factor que afectaría del mismo modo a todas las personas. El miedo al aislamiento público es uno de los diversos

factores que determinan el proceso de la opinión pública. Los grupos de referencia también desempeñan un papel. Citaron un estudio

dirigido por el investigador holandés Harm t'Hart, que demuestra que el que las opiniones del grupo primario de referencia sean reforzadas o contradichas por la presión de la opinión pública, o el que los grupos a los que está vinculada una persona sigan defendiendo puntos de vista minoritarios es importante para determinar si una persona va a hablar o no para defender su opinión sobre un tema controvertido

(t'Hart 1981). Las de fructífera investigación social en el campo de la dinámica de grupos, era evidente la influencia de los grupos en el proceso de formación de la opinión. Pero los investigadores de dinámica de grupos no traspasaron los límites de los grupos que estudiaron. No tuvieron en cuenta el elemento público. Por ello parecía esencial dirigir la atención a ese campo, clave para entender el término «opinión pública». Es imposible lograrlo sin tener una clara comprensión del significado del público como jurado de la naturaleza social del hombre.

Se puede demostrar la importancia del público anónimo utilizando el indicador elaborado por Hallemann para medir la turbación. Cuando se

les pide a los encuestados que describan, espontáneamente situaciones embarazosas, raras veces escogen situaciones de grupo reducido o con gente conocida por ellos. El 21 por ciento de las situaciones suceden en presencia de un grupo bastante pequeño de desconocidos, y el 46 por ciento ante un gran público anónimo (Hallemann 1989, 135, tabla 14). Hallemann agrupó sus situaciones de test en marcos privados y marcos con un pequeño o un gran público. Los resultados demostraron que cuanto mayor es el público, mayor es el porcentaje de personas que encuentran la situación especialmente embarazosa (ibíd., 137, tabla 15).

Parece perfectamente lógico que una situación desagradable entre

conocidos pueda ser, es decir, en presencia de un público conocido, quizás no pueda ser, es decir, en presencia de un público anónimo, pero los resultados refutan esta lógica. El estigma que produce una situación embarazosa ante conocidos no es definitivo. Siempre cabe la posibilidad de rectificar la impresión producida. Pero cuando se trata de un público anónimo, no hay recurso posible, no se puede explicar o pedir disculpas por las acciones realizadas. El estigma es indeleble.

Hallemann también se ha acercado más que nadie hasta ahora al objetivo de medir el miedo al aislamiento. Calculó una puntuación basada en el número de situaciones que un individuo consideraba embarazosas. La sensibilidad de la naturaleza social del entrevistado se clasificaba como muy excepcional, excepcional, media, escasa o

muy escasa, con los correspondientes grados de miedo al aislamiento. Después examinó la disposición del entrevistado a expresar sus

opiniones o a permanecer en silencio. Descubrió que los individuos con un sentido más intenso de turbación -y, podríamos añadir, un mayor miedo al aislamiento- también tenían una tendencia mayor a no opinar sobre temas controvertidos. Esto no se debía, sin embargo, a un carácter tímido o taciturno, ya que estaban tan dispuestos como los demás a participar en conversaciones sobre asuntos no controvertidos

(ibíd., 178 y sigs.).

La comprobación del sentido cuasiestadístico

¿Existe realmente el sentido cuasiestadístico tal como lo describe la teoría de la opinión pública? ¿Puede la gente percibir el clima de opinión? Los entrevistados de todos los países que hemos estudiado han respondido de buena gana a preguntas como: «¿Qué piensa la mayoría de la gente?» o «¿Está la mayor parte de la gente a favor o en contra de un tema determinado?». Se podría esperar que los encuestados respondieran: «¿Por qué me lo pregunta a mí? ¡Usted es el sociólogo!». Pero no lo hacen. La disposición a realizar una estimación es un indicio de que la gente intenta continuamente evaluar

la fuerza de las opiniones contrapuestas sobre un tema determinado. Pero con frecuencia las estimaciones son incorrectas. A menudo se sobrevaloran las opiniones apoyadas por los medios de comunicación influyentes. Este fenómeno es lo que suele llamarse actualmente «ignorancia pluralista». «El público juzga mal al público.» En su libro *Social Psychology* (1924), Floyd Allport discutió este fenómeno, que había analizado exhaustivamente R. L. Schanck en su estudio sobre la comunidad (1932; véase Merton 1949; Newcomb 1950). Allport señaló que el individuo sólo tiene tres maneras de realizar deducciones sobre las opiniones y puntos de vista predominantes entre la población: la prensa, el rumor y la «proyección social». El concepto de «proyección

social» es en realidad idéntico al de «percepción espejular» (*looking glass perception*), término introducido posteriormente para explicar la «ignorancia pluralista» (O'Gorman y Garry 1976; Fields y Schuman 1976) y para oponerse a la idea de un sentido cuasiestadístico (Glynn y McLeod 1985; Salmon y Kline 1985). Es cierto que las comprobaciones han confirmado unánimemente la percepción en espejo, pero también han mostrado que, independientemente de los puntos de vista individuales, la población total percibe qué opiniones están ganando terreno y cuáles lo están perdiendo, igual que percibimos si sube o baja la temperatura (Noelle-Neumann 1985, 1991). ¿Qué otra explicación cabe de esto sin aceptar la capacidad de la gente para captar la distribución de frecuencias? Es obvio que desde el principio de los tiempos se ha intentado influir en esas percepciones, no sólo en los últimos años, en que la investigación

social ha arrojado luz sobre este fenómeno. Ello hace que resulte sorprendente el que los medios de comunicación -es decir, la prensa-, mencionados por Allport como una fuente complementaria de orientación sobre la opinión predominante en el conjunto de la comunidad, no se considerasen significativos hasta bien entrados los años ochenta. Actualmente sabemos que los medios de comunicación

constituyen la fuente más importante. Siempre que la distribución constante de la frecuencia de la opinión popular sobre un tema se desvía de las estimaciones de la población sobre cómo piensa la mayoría de la gente sobre ese tema, podemos sospechar que se deba a la influencia de los medios de comunicación. En otras palabras: los medios de comunicación transmiten las ideas sobre las distribuciones de frecuencia (Noelle-Neumann 1989).

La comprobación de la disposición de la gente a expresar su opinión o a permanecer en silencio

Es una lástima que tan pocos países tengan una amplia red de ferrocarriles. Desde la primera publicación de *La espiral del silencio*, el «test del tren» se ha utilizado para medir la disposición a expresar opiniones o permanecer en silencio (véanse págs. 35 y sigs. más arriba). Pero a medida que la teoría se iba difundiendo internacionalmente se fueron planteando más y más dudas sobre la posibilidad de aplicarlo a otros países en los que un viaje de cinco horas en tren fuera algo demasiado infrecuente como para que los encuestados pudieran imaginárselo. Tuvimos, pues, que elaborar otra pregunta: «Imagínese que está haciendo un viaje en autobús de cinco horas, y que todos los pasajeros bajan en una larga parada. En un grupo de pasajeros alguien empieza a hablar sobre si habría que

apoyar su punto de vista o preferiría no hacerlo». Danbach y Stevenson diseñaron otra pregunta en la que un periodista de la televisión pide a la gente en la calle si les podría hacer una encuesta sobre un tema controvertido. En este caso, sin embargo, la dimensión pública es demasiado amplia. Hallemann descubrió que el miedo al aislamiento aumenta con el tamaño del público. La audiencia televisiva constituye, después de todo, el público más amplio que existe en la actualidad.

Hay muchas otras expresiones públicas de la inclinación individual a manifestar las convicciones: peinados, barbas, pegatinas -que se utilizan como símbolos tanto en los Estados Unidos como en Europa-, en Alemania, bufandas moradas que simbolizan la participación en grandes convenciones y reuniones eclesíásticas. Todo esto puede

traducirse en situaciones de test que sirvan para detectar la disposición a mostrar u ocultar las propias convicciones.

El núcleo duro: una respuesta a partir de «Don Quijote»

Se produjeron algunos malentendidos cuando se puso a prueba la teoría de la espiral del silencio al aparecer la primera edición de este

libro (en la vanguardia) en 23 (sólo en núcleo duro) serán (comas) breves. Actualmente todavía no sabemos sobre la vanguardia más de lo que sabía Platón cuando intentaba utilizar a los poetas para conseguir un cambio de valores, como vimos en el capítulo 25.

Varios comentaristas supusieron que el núcleo estaba formado sencillamente por las personas que estaban especialmente convencidas de una opinión, o las personas con un comportamiento de voto extremadamente estable. Y también hay críticos que sostienen que yo inventé el núcleo duro para tener una excusa siempre que los datos no confirmaran la teoría.

Pero la tesina de licenciatura de Maria Elisa Chuliá-Rodrigo en la Universidad de Maguncia, en la que estudia la opinión pública en *Don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, ha definido mejor el núcleo duro. Leer a Cervantes teniendo en cuenta la teoría de la opinión pública incrementa la dimensión trágica de su obra. Don Quijote se ha empapado del sistema de valores de la sociedad leyendo demasiados libros de caballería. Y por eso ansía combatir y que le recompensen por ello, cobrando «eterno nombre y fama». Pero todo lo que hace, la ropa que viste y las curiosas armas que porta, pertenecen a un mundo que había existido doscientos años antes de su época. Se encuentra aislado, burlado y derrotado, pero sigue fiel a los ideales de la caballería casi hasta el final de la novela (Chuliá-Rodrigo 1989).

Los que pertenecen a la vanguardia están comprometidos con el futuro y por ello se encuentran necesariamente aislados, pero su convicción de que se hallan por delante de su época les permite soportarlo. El «núcleo duro» sigue comprometido con el pasado, conserva los valores antiguos mientras sufre el aislamiento presente.

Cómo se transforma en opinión pública

la suma de las opiniones individuales

En la conferencia de 1970 de la Asociación Americana para la Investigación de la Opinión Pública, el científico social Sidney Verba afirmó que la investigación de la opinión política no avanzaba hacia una teoría de la opinión pública porque «suele centrarse en el individuo como unidad de análisis» (Verba 1970, 455). No estoy de acuerdo. Lo que impedía la elaboración de la teoría no era el hecho de

que la unidad de análisis fuera el individuo, sino el que la investigación empírica ignoraba la naturaleza social del individuo. Las encuestas preguntaban sobre la opinión, el comportamiento y los conocimientos del individuo: «¿Está usted a favor de...?». «¿Está usted interesado en...?». «¿Le preocupa a usted...?». «¿Prefiere usted...?». Etcétera. Lo que faltaba, especialmente en la investigación electoral, era

preguntas sobre el clima de opinión: «¿Qué piensa la mayoría sobre qué discutiría hasta con su mejor amigo?». «¿De quién se burla la gente?». «¿A quién se le desaira?». Preguntas todas dirigidas al marco social y, por ello, a la naturaleza social del individuo.

No es que la naturaleza social del hombre haya sido completamente ignorada por la investigación social. Peter R. Hofstätter escribió en 1949, en su *Psychologie der öffentlichen Meinung* (Psicología de la opinión pública): «Para que una opinión sea pública debe poseer lo que a primera vista parece una característica extraña: su expresión debe ir acompañada de una comprensión confusa -probablemente incluso falsa- de las opiniones sostenidas por los otros miembros del

grupo... Nuestra definición actual de la opinión pública como la distribución de frecuencias de las opiniones individuales es incompleta. Su carácter público exige que el punto de vista propio se encuentre localizado en algún lugar de la distribución de frecuencias de los puntos de vista expresados» (Hofstätter 1949, 53). Pero de aquí no se derivaron conclusiones para la investigación de la opinión. Por eso no se resolvió el problema esencial de cómo surge esa poderosa estructura que llamamos opinión pública a partir de la suma de las opiniones individuales expresadas en porcentajes por la investigación mediante encuestas. Se ignoró a la opinión pública, la que provoca temor y temblor en los gobiernos y los fuerza a actuar políticamente y

produce consecuencias sociales y políticas», 1970. Y afirmó el psicólogo Brewster M. Smith en la conferencia de 1970. Y también se ignoraron las fuerzas que mantenían en silencio a los individuos si no compartían la opinión pública, como hizo notar James Bryce.

Por lo que sabemos, la causa de la transformación de la suma de las opiniones individuales en opinión pública es la continua interacción entre las personas debida a su naturaleza social. La amenaza de aislamiento, el miedo al aislamiento, la continua observación del clima de opinión y la evaluación de la fuerza o de la debilidad relativas de los diferentes puntos de vista determina si la gente expresa sus opiniones o permanece callada.

27. Resumen: funciones manifiestas y latentes de la opinión pública

Ahí está el campo enmarañado y enredado de la teoría de la opinión. Es un campo lleno de tocones de los una vez poderosos particularismos teóricos, un campo en el que ha crecido una densa maleza, en el que hay confusas zarzas de disputas teóricas y una espesura infinita de descripciones psicológicas.

(WILLIAM ALBIG, 1939)

Al terminar este libro quiero completar el círculo y preguntar de nuevo: ¿qué es la opinión pública?

Reflexionemos sobre el capítulo segundo del libro de Harwood Childs *Public Opinion: Nature, Formation, and Role* (La opinión pública: naturaleza, formación y papel; 1965), en el que Childs presenta cincuenta definiciones de la opinión pública. O la primera frase del artículo de W. Phillips Davison (1968) sobre la opinión pública en la *International Encyclopedia of the Social Sciences*. «No hay una definición generalmente aceptada de "opinión pública"». Parece que las cincuenta definiciones recogidas por Childs proceden de sólo dos conceptos diferentes de la opinión pública. Además, hay unas pocas definiciones de carácter técnico-instrumental, en las que se identifica la opinión pública con los resultados de las encuestas de opinión, y se la define como «la agregación de las opiniones individuales realizada por los analistas de opinión» (Beniger 1987, 54; véase Gollin 1980, 448). Casi todas las definiciones recogidas por Childs están relacionadas con estos dos conceptos:

1. La opinión pública como racionalidad que contribuye al proceso de formación de la opinión y de toma de decisiones en una democracia.
2. La opinión pública como control social. Su papel consiste en promover la integración social y garantizar que haya un nivel suficiente de consenso en el que puedan basarse las acciones y las decisiones.

La comparación de ambos conceptos trae a la memoria una distinción famosa realizada por Robert Merton en *Social Theory and Social Structure* ([1949] 1957):

- Las *funciones manifiestas* son las consecuencias objetivas que contribuyen al ajuste o a la adaptación del sistema *pretendidas y reconocidas* por los participantes en el sistema.
- Las *funciones latentes* son, correlativamente, las que *no son pretendidas ni reconocidas* (ibíd., 51).

El primer concepto de opinión pública puede interpretarse como una función manifiesta, pretendida y reconocida, mientras que el segundo supone una funcionalidad latente, no pretendida ni reconocida.

Dadas las enormes diferencias entre los diversos conceptos de opinión pública, algunos estudiosos han pedido que se abandone el término «opinión pública», al menos en el uso científico (Palmer [1936] 1950, 12; Habermas 1962, 13; Moscovici 1991, 299). Sin embargo, no habría que descartar un término que existe -como se ha demostrado- desde la antigüedad y que se ha venido utilizando a lo largo de los siglos mientras no se encuentre otro igualmente comprensivo y más apto para transmitir el significado del concepto, esto es, una forma particular de control social. Si tuviéramos que abandonar el término «opinión pública» perderíamos nuestro conocimiento secular de la función latente de la opinión pública, por medio de la cual se mantiene un consenso suficiente en el seno de una sociedad, y quizás en el mundo entero (B. Niedermann 1991; Rusciano y Fiske-Rusciano 1990). Ya no podríamos reconocer las relaciones existentes entre fenómenos tan diferentes como el clima de opinión, el *Zeitgeist* (espíritu de los tiempos), la reputación, la moda y los tabúes, y tendríamos que volver a un nivel de conocimiento anterior a la «ley de la opinión, la reputación y la moda» de John Locke.

Las páginas siguientes se centran inicialmente en el concepto de «la opinión pública como racionalidad», y después se vuelven hacia el

concepto de «la opinión pública como control social». Por último, proponeré una lista de argumentos a favor de la afirmación de que el concepto de opinión pública es más eficaz cuando se interpreta desde su función latente de control social, como sucede en el concepto de la espiral del silencio.

La opinión pública como función manifiesta: la formación de la opinión en la democracia

El pensamiento de finales del siglo XX sigue dominado por el concepto de opinión pública que comenzó a imponerse a finales del siglo XVIII. Según ese punto de vista la opinión pública se caracteriza por la racionalidad. Se entiende aquí por racionalidad la adquisición consciente de conocimiento mediante la razón y la elaboración de juicios lógicos y racionalmente correctos a partir de ese conocimiento.

La adquisición de conocimientos y la formación de juicios supone el uso de transformaciones y deducciones lógicas. La racionalidad opera con conceptos definidos inequívocamente que se incluyen en un marco conceptual más amplio. La racionalidad aprehende así diferentes campos objetuales de los que se pueden derivar inferencias lógicas. El conocimiento de esos campos está configurado, pues, por

la lógica, la causalidad y la consistencia. Los productos del pensamiento lógico son convincentes, razonables y comprensibles intersubjetivamente.

Hans Speier define sucintamente el concepto de opinión pública basado en la racionalidad así: «opiniones sobre asuntos de interés nacional expresadas libre y públicamente por personas no pertenecientes al gobierno que reivindican el derecho a que sus opiniones influyan en o determinen las acciones, el personal o la estructura de su gobierno» (Speier 1950, 376; véase también pág. 127 más arriba). Aquí la relación entre la opinión pública y la racionalidad es directa: son lo mismo. En la práctica -suponiendo que haya libertad de prensa- se da un alto grado de acuerdo entre la opinión pública y la

opinión prevalentemente publicada por los medios de comunicación. La definición de Hans Speier incorpora también la función manifiesta de la opinión pública. La opinión pública está relacionada con la política: sirve de apoyo a la formación de opiniones y decisiones sobre asuntos políticos por parte del gobierno.

Esta concepción de la opinión pública como una especie de *raisonnement* político en la esfera pública, como un correlato del gobierno (Habermas 1962), parecía especialmente convincente debido a la extendida creencia de que el concepto de opinión pública había aparecido en el siglo XVIII, con la Ilustración. Todavía hoy se encuentra esta afirmación en enciclopedias y diccionarios de todo el

mundo. El término se atribuye con frecuencia a Jacques Necker, el ministro francés de economía que intentó mantener estables las finanzas del gobierno a pesar del creciente desorden público poco antes de la Revolución Francesa²⁸.

Los primeros intentos de explicar el término «opinión pública» se realizaron en el siglo XIX. James Bryce (1888, 1889), que trató sobre los respectivos y diferentes papeles de la opinión pública en Gran Bretaña y los Estados Unidos en la cuarta parte de *The American Commonwealth* (La comunidad americana), redujo el concepto a la

²⁸ Véanse por ejemplo: *International Encyclopedia of the Social Sciences*, 1968, vol. 13, 192; *International Encyclopedia of Communications*, 1989, 387; *Staatslexikon Recht, Wirtschaft, Gesellschaft* 1988, vol. 4, 98; véase también Bucher 1887, 77; Bauer 1930, 234 y sigs.

discusión racional de los temas políticos controvertidos en el seno de una democracia. Robert Ezra Park, cuando estudiaba en Alemania a comienzos del siglo XX, se encontró dividido entre Tönnies, profesor suyo en la Universidad de Berlín, que estaba intentando aclarar teóricamente el concepto de opinión pública, y Oswald Spengler, el autor de *La decadencia de Occidente* (1918-1922), otro profesor suyo

en la Universidad de Berlín, que le introdujo en el campo de la psicología de masas. La psicología de masas era entonces un campo relativamente nuevo. Había sido fundada en las últimas décadas del siglo XIX por el criminólogo italiano Scipio Sighele, así como por Gustave Le Bon y Gabriel Tarde. En su ensayo *Masse und Publikum* (La masa y el público, 1904), publicado en inglés en 1972 como *The Crowd and the Public*, Park intenta encontrar una vía de salida, atribuyéndole sentimientos a la masa y razón a la opinión pública. La opinión pública procede del *raisonnement*, de los debates en los que se plantean los diferentes puntos de vista hasta que uno de ellos acaba saliendo victorioso y los oponentes quedan sometidos más que convencidos.

Según una monografía estadounidense (Frazier y Gaziano, 1979), Park quedó exhausto y desengañado tras la elaboración del texto mencionado. Este estado de ánimo le hizo rechazar una oferta para ser profesor en la Universidad de Chicago cuando volvió a los Estados Unidos. Probablemente ése sea el mismo destino que espera todavía hoy a los autores que intentan identificar la opinión pública con la racionalidad.

El artículo «Concepts of Public Opinion», de Francis G. Wilson, publicado en la *American Political Science Review* de 1933 (Wilson 1933, 371-391), ejemplifica el método utilizado normalmente para analizar el concepto de opinión pública. El término se divide en los

componentes «público» y «opinión». Después se analizan «la relación entre la opinión y el público», «la relación entre el público y el gobierno» y «la relación entre la opinión y el gobierno» (ibíd., 382). Estas relaciones se caracterizan por la idea de participación. El significado de «público» se restringe al de «el conjunto de personas que tienen derecho a participar en el gobierno» (390). La presión de esta opinión pública se ve como una carga para el gobierno.

Treinta años después, Childs empleó un enfoque parecido en su *Public Opinion*, en el capítulo sobre las definiciones citado más arriba. Childs divide el capítulo en sendos estudios sobre «Los públicos», «Las opiniones» y «El grado de uniformidad». A esto le sigue «El proceso de formación de la opinión», «La calidad de las opiniones», «¿Quién mantiene las opiniones?» y «El tema de las opiniones». Después esboza los antecedentes históricos y caracteriza cada

década del siglo XX según los temas de opinión pública y las técnicas para influir sobre ella. Acaba describiendo cómo, desde los años treinta, se ha vuelto más factible y frecuente la medición de la opinión pública a intervalos regulares mediante las encuestas de opinión. Y así termina el libro.

Alrededor de la mitad de las cincuenta definiciones de opinión pública

recopiladas por Childs se basan en la concepción racional de la opinión pública. James H. Young define la opinión pública como «la opinión de una comunidad autoconsciente sobre una cuestión de relevancia general después de una discusión pública y racional» (Young 1923, 577-578). A. W. Halcombe (1923, 36) la define como «las opiniones que se basan en una parte substancial de los hechos necesarios para una decisión racional». Y J. A. Sauerwein (1933, 29) comenta: «Es bastante exagerado suponer que existe actualmente una opinión pública, en sentido intelectual, fuera de la elite». Pero, al mismo tiempo, se percibe un acento de resignación subyacente: «Quizá suene un poco severo, pero la opinión pública no existe, y sólo hace falta una moderada comprensión de la naturaleza humana para ver que no es posible la existencia de una opinión pública inteligente» (Jordan 1930, 339).

La gran estima que la civilización occidental tiene por la racionalidad explica sin duda por qué ha sobrevivido el concepto racional de la opinión pública. También explica por qué algunos creen que desmontando el concepto como una máquina y definiendo sus partes y su relación mutua podrían comprender la naturaleza de ese fenómeno.

Básicamente, el concepto de la opinión pública ha estado, y sigue estando, sometido a un trato autoritario, como si pudiera decidirse arbitrariamente si habría que conservar o descartar el concepto o el

papel que debería desempeñar en una democracia en el futuro. Esta tendencia ya era evidente en el primer escrito sistemático sobre el tema, *Public opinion and popular Government* (La opinión pública y el gobierno popular), de A. Lawrence Lowell (1913). Lowell expone la que considera la «verdadera» opinión pública y que, por tanto, debe escuchar el gobierno: las opiniones formadas tras una discusión exhaustiva. Según su definición, sólo tienen peso las opiniones de los individuos que han reflexionado sobre la cuestión. Y limita aún más la definición aplicándola sólo a los temas que caen bajo la jurisdicción del gobierno. La religión, por ejemplo, queda excluida.

A principios de los años treinta, cuando comenzó el método de las encuestas representativas, el término «opinión pública» se hizo más corriente. Nadie sentía remordimientos por hablar de «encuestas de opinión pública» o «investigación de la opinión pública», o por titular

Public Opinion Quarterly a la nueva revista fundada en 1937. Pero, ¿eran verdadera «opinión pública» los resultados de las encuestas de opinión? Tanto entonces como ahora los investigadores han solido identificar la opinión pública con los resultados de las encuestas de opinión. La estrategia consistía en crear una definición técnica de la opinión pública basada en las herramientas y los resultados brutos de

las encuestas. Por ejemplo: «la opinión pública consiste en las reacciones de la gente ante afirmaciones claramente formuladas y preguntas realizadas en una situación de entrevista» (Warner 1937, 377). «La opinión pública no es el nombre de alguna cosa, sino una clasificación de una serie de cosas que, en una distribución de frecuencias estadísticamente ordenada presenta modas o frecuencias que llaman la atención o provocan interés» (Beyle 1931, 183). «Ahora que contamos con la indudable realidad de las encuestas de opinión pública seguiremos llamando opinión pública a una distribución de actitudes bien analizada» (Lazarsfeld 1957, 43). En un artículo escrito con ocasión del cincuenta aniversario del *Public Opinion Quarterly*, James Beniger se refiere a la «definición [de Albert Goblin] actualmente ubicua de la opinión pública como la agregación de las actitudes individuales realizada por los investigadores de opinión» (Beniger 1987, 54; Gollin 1980, 448).

Herbert Blumer fue el primer investigador que adoptó una postura crítica frente a esta situación. En su artículo de 1948 sobre «La opinión pública y las encuestas de opinión pública» criticó agudamente «la escasez, por no decir la completa ausencia, de generalizaciones sobre la opinión pública a pesar de la voluminosa cantidad de estudios realizados mediante encuestas acerca de la opinión pública».

Lo que me impresiona es la aparente ausencia de esfuerzo o de interés sincero por parte de los estudiosos de las encuestas de opinión pública por intentar identificar el objeto que se supone quieren estudiar, registrar y medir... No se preocupan de realizar análisis independientes de la naturaleza de la opinión pública para juzgar si la aplicación de su técnica se adecua o no a esa naturaleza.

Hay que decir algo sobre un enfoque que excluye conscientemente cualquier consideración de ese problema. Me refiero a la estrecha posición operacionalista de que la opinión pública consiste en los resultados de las encuestas de opinión pública. En ese caso, curiosamente, los resultados de una operación, del uso de un instrumento, se consideran el objeto de estudio en lugar de verlos como una contribución al conocimiento del objeto estudiado. La operación deja de ser un proceso guiado por un objeto de investigación. Es ella, por el

sentido que los resultados de la encuesta operan como un fin en sí misma, tal como quisiera

hemos descrito, dejan sin responder la cuestión del sentido de esos resultados (Blumer [1948] 1953).

Tras esta fuerte crítica, Blumer se dedica a la investigación de los contenidos, la formación y la función de la opinión pública en una democracia, esbozando magistralmente el concepto de una opinión pública racional con una función manifiesta de informar a los políticos de la democracia sobre las actitudes de los grupos funcionales que constituyen las organizaciones de la sociedad. Se fija ante todo en los grupos de interés: sindicatos, asociaciones de empresarios, cámaras de agricultura y grupos étnicos. Blumer no dice por qué puede llamarse «opinión pública» a estos grupos de interés y a su presión sobre los políticos. Pero describe convincentemente el papel desempeñado por estos grupos en la formación de las opiniones de los políticos. También muestra por qué los políticos deben tener en cuenta la presión ejercida por ellos. Naturalmente, no todos los individuos de una sociedad ejercen el mismo grado de influencia sobre el proceso de formación de la opinión. Muchos individuos disfrutan de

una elevada posición, de prestigio y de un alto nivel de conocimiento especializado. Están muy interesados e implicados, e influyen considerablemente en las otras personas. También hay individuos que carecen de todas estas cualidades. Pero en las encuestas representativas se trata igual a estas personas diferentes, cuyo juicio e influencia no tiene el mismo peso. Está claro que Blumer, por los argumentos que presenta, no cree que las encuestas sean un método adecuado para la indagación de la opinión pública.

Treinta años después, Pierre Bourdieu expuso esencialmente los mismos argumentos en su ensayo «La opinión pública no existe» (Bourdieu 1979; Herbst 1992). En la conferencia de 1991 de la *American Midwest Association of Public Opinion Research* (MAPOR), que tuvo lugar en Chicago, hubo una sesión sobre concepciones europeas de la opinión pública, descrita en una serie de artículos publicados en la *International Journal of Public Opinion Research* (Beniger 1992). Se presentaron las teorías de la opinión pública de Foucault, Habermas y Bourdieu. Las tres se basan en el supuesto de que la formación de la opinión es un proceso racional.

Junto al creciente interés por las teorías de la elección racional en el campo de la ciencia política y la fascinación creciente por los procesos cognitivos entre los psicólogos, la idea de la opinión pública como racionalidad parece estar cada vez mejor atrincherada a medida que se acerca el final del siglo. James Beniger, por ejemplo (1987, 58-59),

espera que surja un nuevo paradigma con estas características: «Sin embargo, si se permite que las actitudes dependan de la cognición

(conocimientos y esquemas) además del afecto, y probablemente también de las predisposiciones conductuales, la comunicación que "sólo" cambie las condiciones puede ser tan importante para el cambio actitudinal como la comunicación con componentes afectivos. De hecho, la investigación de la opinión pública cuenta con una venerable literatura que señala que la información creíble puede crear un

impacto más duradero en la opinión pública que las meras operaciones persuasivas. Se puede esperar que una mayor elaboración del paradigma orientado hacia una mejor comprensión de la formación y el cambio de esta clase de opinión pública desempeñe un papel central en las páginas de la *Public Opinion Quarterly* en su segundo medio siglo».

La opinión pública como función latente: el control social

En la vigesimoquinta conferencia anual de la *American Association for Public Opinion Research* de 1970, en la sesión titulada «Hacia una teoría de la opinión pública», Brewster Smith, un psicólogo de la Universidad de Chicago, afirmó que la investigación «todavía no había afrontado el problema del modo en que se articulan las opiniones individuales para producir consecuencias sociales y políticas» (Smith 1970, 454).

El problema no podía resolverse porque nadie buscaba una opinión pública capaz de ejercer presión. El concepto racional de la opinión pública no explica la presión que ésta debe ejercer para tener alguna influencia sobre el gobierno y los ciudadanos. El *raisonnement* es iluminador, estimulante e interesante, pero no puede ejercer la clase de presión ante la que -como dijo Locke- ni una persona de cada diez mil es invulnerable. O, como dijo Aristóteles, el que pierde el apoyo del pueblo deja de ser rey. O, como escribió Hume, «el gobierno... se

funda sólo en la opinión. Y esta máxima se aplica tanto a los gobiernos más despoticos y militares como a los más libres y populares» ([1741-1742] 1963, 29). Interpretando la opinión pública como control social es fácil explicar su poder. Cicerón le dice a su amigo Ático, en una carta escrita en el año 50 a.C., que había mantenido una opinión falsa debido a la influencia de la opinión pública (*publicam opinionem*). Ya en esta primera aparición conocida del término, la «opinión pública» no designa el juicio bueno y racional sino más bien lo contrario.

El concepto de una opinión pública racionalmente configurada se basa en la idea de un ciudadano informado y capaz de formular argumentos razonables y de realizar juicios correctos. Este concepto se centra en la vida política y en las controversias políticas. La mayor parte de los autores que emplean este concepto reconocen que sólo un pequeño

grupo de ciudadanos informados e interesados participa realmente en esas discusiones y juicios. Pero el concepto de la «opinión pública como control social» afecta a todos los miembros de la sociedad. Como la participación en el proceso que amenaza con el aislamiento y provoca el miedo al aislamiento no es voluntaria, el control social ejerce presión tanto sobre el individuo, que teme el aislamiento, como

sobre el gobierno, que también quedaría aislado y finalmente caería sin el apoyo de la opinión pública. El ejemplo de Sudán muestra que actualmente un país entero puede quedar aislado por la opinión mundial hasta el punto de tener que acabar cediendo.

El concepto de opinión pública como control social no tiene en cuenta la calidad de los argumentos. El factor decisivo es cuál de los dos bandos de una controversia tiene la fuerza suficiente como para amenazar al bando contrario con el aislamiento, el rechazo y el ostracismo. La importancia de lo que se piensa sobre la fuerza del otro bando se describió al comienzo de este libro, con el ejemplo del «vuelco en el último minuto» en las elecciones federales alemanas de 1965 y 1972. El fenómeno semejante observado por Lazarsfeld en las

elecciones presidenciales estadounidenses de 1940, que él explica en términos de psicología individual como el «efecto del carro ganador» - todos quieren estar en el bando victorioso-, lo interpreta la teoría de la opinión pública en términos psicosociológicos: nadie quiere quedarse aislado. Tanto el mecanismo del carro ganador como la espiral del silencio se apoyan en el supuesto común de que el individuo observa las señales del medio sobre la fuerza y la debilidad de los diferentes bandos. La diferencia estriba en el motivo de estas observaciones. Además, la teoría de la espiral del silencio subraya los cambios graduales procedentes de un proceso social en marcha, mientras que el carro ganador se fija en un cambio más repentino de una posición a

la otra por una información nueva sobre quién va por delante. Ambos pueden producirse a la vez (Davison 1958).

Muchos escritores se han dado cuenta intuitivamente de que la victoria o la derrota en el proceso de la opinión pública no depende de lo que esté bien o mal. Por ello, la desaprobación con la que se castiga la conducta desviada no tiene, como señaló el jurista alemán Ihering en 1883, un carácter racional como la desaprobación de «una conclusión lógicamente incorrecta, un error en la resolución de un problema aritmético o una obra de arte fallida». Más bien se expresa como la «reacción práctica de la comunidad, consciente o inconsciente, ante la lesión de sus intereses, una defensa para la propia protección» (Ihering 1883, 242, véase también 325). En otras palabras, es un asunto de cohesión y de consenso de valores en una sociedad. Esto sólo puede basarse en valores morales -bueno y malo- o en valores

estéticos -bello y feo-, ya que sólo éstos tienen el componente emocional capaz de poner en marcha la amenaza de aislamiento y el miedo al aislamiento.

Comparación de los dos conceptos de la opinión pública

Al comparar los dos conceptos diferentes de la opinión pública hay que insistir en que se basan en supuestos diferentes sobre la función

de la opinión pública. La opinión pública como proceso racional se fija especialmente en la participación democrática y el intercambio de puntos de vista diferentes sobre los asuntos públicos, así como en la exigencia de que el gobierno tenga en cuenta estas ideas y la preocupación de que el proceso de formación de la opinión pueda ser manipulado por el poder del Estado y del capital, por los medios de comunicación y la técnica moderna (Habermas 1962).

La opinión pública como control social busca garantizar un nivel suficiente de consenso social sobre los valores y los objetivos comunes. Según este concepto, el poder de la opinión pública es tan grande que no puede ignorarlo ni el gobierno ni los miembros individuales de la sociedad. Este poder procede de la amenaza de

aislamiento que la sociedad dirige contra los individuos y los gobiernos desviados, y del miedo al aislamiento debido a la naturaleza social del hombre.

El escrutinio constante del medio y la observación de las reacciones ajenas se manifiestan en la disposición a expresarse o la tendencia a permanecer en silencio, y crean un nexo entre el individuo y la sociedad. Esta interacción da poder a la conciencia común, los valores comunes y las metas comunes, así como a las amenazas concomitantes dirigidas contra los que se desvían de estos valores y metas. El miedo al aislamiento que se experimenta en los casos de desviación procede del estímulo que se siente en las experiencias

compartidas en grupo. Los investigadores suponen que estas reacciones se han formado en el curso del desarrollo humano para garantizar una cohesión suficiente de las sociedades humanas. La prueba empírica de esta suposición la constituye el «método de muestreo de experiencias» (*experience sampling method* o EMS), que demuestra que la soledad va unida con la depresión y el desaliento para la mayoría de las personas (Csikszentmihalyi 1992).

Una de las principales diferencias entre el concepto racional de la opinión pública y el concepto de opinión pública como control social radica en la interpretación del término «público». Según el concepto mantenido por la teoría democrática de la opinión pública como producto del *raisonnement*, lo «público» se define en términos del contenido de los temas de la opinión pública, que son contenidos políticos. El concepto de la opinión pública como control social

interpreta «público» en el sentido del «ojo público» (Burke 1791): «a la vista de todos», *coram publico*. El ojo público es el tribunal en el que se juzga al gobierno y a todos los individuos. Las dos concepciones también discrepan en la interpretación del término «opinión». Según el concepto de la teoría democrática, la opinión es ante todo cuestión de puntos de vista y discusiones individuales, mientras que el concepto

de opinión pública como control social se extiende a un área mucho mayor, en realidad a todo lo que exprese visiblemente en público una opinión relacionada con valores, sea directamente, bajo la forma de convicciones expresadas, sea indirectamente, mediante pins y pegatinas, banderas, gestos, peinados y barbas, símbolos visibles públicamente y comportamientos con implicaciones morales públicamente visibles. Este concepto de la opinión pública puede aplicarse incluso al tema de la turbación (Goffman 1956; Hallemann 1989). Abarca desde todas las reglas de carácter moral (la «corrección política») hasta los tabúes, ámbitos todos ellos de conflicto grave e irresuelto que no pueden discutirse en público sin que resulte amenazada la cohesión social.

Desde la perspectiva del concepto de opinión pública de la teoría democrática, hay que ser crítico al emplear el término «investigación de la opinión pública» para designar las encuestas representativas, como lo han sido Herbert Blumer, Bourdieu y otros muchos defensores del concepto, ya que las encuestas conceden el mismo peso a las opiniones de las personas que están informadas y a las de las que no lo están. Y eso no puede reflejar la realidad.

Desde la perspectiva de la opinión pública como control social, todos los miembros de la sociedad participan en el proceso de la opinión pública, en el conflicto de valores y metas destinado en parte a reforzar los valores tradicionales y en parte a acabar con los valores

antiguos y sustituirlos por nuevos valores y metas. Este proceso puede observarse con la herramienta de las encuestas representativas. Sin embargo, las preguntas habitualmente necesarias son diferentes de las que incluyen las encuestas convencionales de opinión. Además de las preguntas sobre la opinión del entrevistado se precisan preguntas sobre el clima de opinión. Hay que preguntar a los encuestados cómo perciben su medio: ¿Qué piensa la mayoría de la gente? ¿Qué está aumentando o disminuyendo? Hay que hacer preguntas sobre la amenaza de aislamiento -qué opiniones y formas de comportarse son impopulares- y sobre la disposición a expresarse y la tendencia a quedarse callado.

Según este concepto de la opinión pública, muchas de las preguntas que se incluyen actualmente en las encuestas no sirven para revelar la «opinión pública». Hay que preguntar sobre las opiniones y las formas

de comportamiento con una carga valorativa que hacen que el individuo se aísle o pueda aislarse en público.

Los intentos que se han realizado desde mediados de los años sesenta para revivir el concepto de la opinión pública como control social han tenido poco éxito (Noelle 1966). Mary Douglas ofrece una posible explicación en su libro *How Institutions Think* (Cómo piensan

las instituciones; 1986, 76): «En primer lugar, según el principio de generalidad cognitiva, una teoría que vaya a lograr un lugar permanente en el repertorio público de lo conocido tendrá que imbricarse con los procedimientos que garantizan otras clases de teorías». Desde este punto de vista, el concepto de opinión pública como racionalidad no presenta dificultad alguna: puede vincularse a las teorías existentes de la democracia, a la fascinación respecto a las teorías de la elección y la acción colectiva, y a los modelos psicológicos cognitivos. El concepto psicosociológico y dinámico de la opinión pública, por su parte, presenta inconvenientes. Como señala Douglas (ibíd., 82), «los sociólogos tienen aversión profesional a los modelos de control».

Los teóricos de la filosofía de la ciencia han elaborado una serie de criterios para comprobar la calidad de los conceptos rivales. Por ejemplo:

1. Aplicabilidad empírica.
2. ¿Qué hechos quedan explicados por el concepto? ¿Qué potencial de clarificación tiene éste?
3. Grado de complejidad, es decir, magnitud de los ámbitos incluidos, o número de variables incluidas.
4. Compatibilidad con otras teorías.

Como mínimo, el concepto de opinión pública como control social es superior según tres de estos criterios. En primer lugar, puede comprobarse empíricamente. Si se cumplen ciertos requisitos de la teoría -por ejemplo, la actualidad, el componente moral o estético y la opinión de los medios de comunicación- pueden realizarse predicciones válidas del comportamiento individual (por ejemplo, la tendencia a expresarse o a permanecer en silencio) y sobre la distribución de las opiniones en la sociedad (Noelle-Neumann 1991).

En segundo lugar, este concepto tiene poder explicativo. La teoría de la espiral del silencio produce futuribles. Es decir, relaciona los fenómenos observables con otros fenómenos, afirmando y probando que existen unas determinadas reglas sociales. Con el concepto racional de la opinión pública sería muy difícil explicar el fenómeno observado por primera vez en 1965, cuando la distribución estable de

las opiniones individuales se acompañaba de un desarrollo completamente independiente del clima de opinión y de un cambio en el último minuto en las intenciones de voto (véase pág. más arriba). También sería difícil explicar con el concepto racional de la opinión pública por qué las diferencias en la distribución de las opiniones entre los diferentes segmentos de la población (divididos por edad, clase

social, etc.) son mucho mayores que las estimaciones realizadas por los distintos grupos sobre el clima de opinión percibido («que opina la mayoría de la gente»). Y, por último, con el concepto racional de la opinión pública sería especialmente difícil explicar por qué los individuos más informados acerca de un asunto determinado -es decir, los expertos- se encuentran a menudo solos en su opinión, enfrentados a los representantes de la opinión pública, los periodistas y la población en general, que adoptan una posición conjunta diametralmente opuesta a la de los expertos. Stanley Rothman y otros investigadores han presentado pruebas empíricas de esta situación (por ejemplo, Snyderman y Rothman 1988).

En tercer lugar, el concepto de la opinión pública como control social tiene un grado mayor de complejidad. Conecta el nivel individual con el social, y se extiende por otros campos además del de la política.

El concepto encuentra dificultades de compatibilidad con otras teorías, como hemos dicho antes; pero puede conectarse con los descubrimientos psicosociológicos de la dinámica de grupos (Sherif 1936, 1965; Asch 1951, 1952) y también con las teorías psicosociológicas de Ervin Goffman sobre la turbación y la estigmatización.

El que hayamos comparado en estas páginas las posibilidades de las dos concepciones de la opinión pública no significa que haya necesariamente que elegir entre ellas. El intercambio racional de argumentos, o *raisonnement*, desempeña incuestionablemente un papel

en el proceso de la opinión pública, aunque se haya realizado poca investigación empírica sobre el tema. Pues incluso los valores con una carga moral necesitan un apoyo cognitivo para hacerse presentes en la opinión pública.

Si buscamos una imagen que sirva para explicar la relación existente entre la discusión pública y la opinión pública como control social, la discusión pública podría verse como algo incrustado en la dinámica del proceso psicosociológico, que lo guía y lo articula en ocasiones, pero que a menudo permanece en un nivel meramente intelectual y no influye, por ello, en las emociones morales, que es donde se origina la presión de la opinión pública. Según la definición de Merton, la función manifiesta del debate público -llegar a una decisión mediante la presentación de argumentos en público- es consciente, deliberada y consentida. Sin embargo, a menudo la población no está convencida

emocionalmente -no está electrizada- y la función de toma de decisiones carece de la fuerza que hace falta para crear y defender el necesario consenso social. La única opinión que puede llevar a cabo la función latente de mantener la cohesión social es la aceptada y aprobada emocionalmente por la población. Desde este punto de vista, las discusiones públicas a menudo son una parte -no la

totalidad- del proceso de la opinión pública.

La función manifiesta también puede denominarse función aparente, mientras que la función latente es la función real. Merton ilustra esto con el famoso ejemplo de las danzas hopi de la lluvia, cuya función explícita consiste en provocar la lluvia en las épocas de sequía, pero cuya función latente -y por lo tanto real- es la de proporcionar cohesión a la tribu hopi en las épocas de necesidad.

Dado que la función latente de la opinión pública como control social, con su finalidad de integrar la sociedad y garantizar un nivel suficiente de consenso, no es intencional ni reconocida conscientemente, suele haber malentendidos sobre el concepto. Quizá sea posible algún día reconciliar a los intelectuales con la idea de que la opinión pública ejerce una presión hacia la conformidad en el individuo. Esto convertiría la función latente de la opinión pública en una función manifiesta. En otras palabras: llegaría a ser considerada una fuerza necesaria en la sociedad.

En la primera edición de este libro no traté el concepto racional de la opinión pública ni los resultados de la investigación sobre los grupos de referencia y dinámica de grupos. Mi primer objetivo era describir la nueva perspectiva procedente del redescubrimiento del papel de la opinión pública como control social, un papel del que sólo comenzamos a ser plenamente conscientes. En esta segunda edición no sólo he comentado algunas de las contribuciones más importantes

sobre la opinión pública, como las de Robert Park, Herbert Blumer y Pierre Bourdieu, sino que también he intentado aclarar la relación entre el concepto dinámico psicosociológico de la opinión pública como control social y el concepto de la teoría de la democracia de la opinión pública como *raisonnement* en la esfera pública. Por delante queda la tarea de investigar la interacción entre los grupos de referencia, la dinámica de grupos, la psicología de masas y la opinión pública como control social.

Epilogo, en agradecimiento

No me agrada decir adiós a mis lectores. Espero volver a encontrarme con ellos cuando se hayan investigado las relaciones entre la opinión pública y la política, la opinión pública y la economía, la opinión pública y el arte, la ciencia y la religión, y cuando se haya demostrado

que el modo en que se ha descrito la opinión pública en este libro produce una mejor comprensión que la que había antes, posibilitando tanto el diagnóstico como la predicción.

Gran parte de lo que me ha acompañado durante tanto tiempo ya no me pertenece. Solía imaginarme, en relación con mi tema, como una paseante solitaria en un parque. Pero en realidad no estaba sola.

Entre los que me han ayudado quiero dar las gracias, sobre todo, a Helmut Seaton, del Instituto Allensbach, que desempeña simultáneamente las tareas de ayudante científica y secretaria. No creo que hubiera podido escribir el libro sin ella.

Muchos colegas del Instituto de Demoscopia Allensbach me han ayudado, a menudo con verdadero entusiasmo, incluso cuando mis peticiones llegaban en pleno programa obligatorio de investigaciones contratadas e incluían cuestionarios o tabulaciones aparentemente peregrinas, por ejemplo sobre el test del tren. Quiero mencionar, como especialmente comprometido con el trabajo, a Werner Süsslin, responsable de los archivos del Instituto, y a Gertrud Vallon, lectora de los textos en francés y, simultáneamente, estimulante comentadora.

También he recibido ayuda del Instituto de Publicística de la Universidad Johannes Gutenberg de Maguncia; de las tesinas de licenciatura de Christine Gerber sobre Rousseau, de Angelika Tischer -Balven de soltera- sobre Tocqueville y de Dieter Petzolt sobre «el ojo público como conciencia», con unas secciones sobre Lutero que fueron especialmente importantes para mí. También me fue útil la tesina sobre Maquiavelo presentada por Frank Rusciano en la Universidad de Chicago.

Quisiera expresarle mi agradecimiento al profesor Jean Stoetzel de la Universidad de París V-René Descartes por haberme facilitado sus notas inéditas para una conferencia sobre la opinión pública y por

haberme puesto en contacto con su doctoranda en filosofía Colette Ganochaud, que estaba escribiendo una tesis sobre el concepto de opinión pública en Rousseau.

Quisiera darle las gracias a mi colega de Maguncia Hans Mathias Kepplinger por su ecuanimidad al discutir mi tema y el modo en que siempre me estimuló. Gracias también a Imogen Seger-Coulborn, la única que leyó el manuscrito capítulo a capítulo a medida que yo lo iba escribiendo. Espero que esto demuestre cuánto valoro sus comentarios críticos. Ha tenido en cuenta mi interés acerca de la opinión pública durante muchos años mientras llevaba a cabo su propia investigación científico-social y me ha enviado muchos mensajes sobre el tema. Al darle las gracias a ella también lo hago a todos los amigos y colegas que me han ayudado indicándome fuentes. Las notas de Imogen eran a menudo muy breves pero siempre

contenían referencias meticulosas; por ejemplo: Henry David Thoreau en su diario de 1840, cuando tenía veintitrés años. Y la cita de Thoreau: «Siempre es fácil infringir la ley, pero incluso para los beduinos del desierto es imposible resistirse a la opinión pública».

Finales de 1979 - comienzos de 1980

E.N.N.